Josef Antoni

Extinción + IVA

Foto: Luis de Laos

Extinción +IVA

Josef Antoni

Extinción +IVA
© Josef Antoni
@josefantonienlucha
Primera edición: junio, 2026

Diseño y maquetación: David San Martín
reflectorlibros@gmail.com
Imprime: www.printhaus.es

Primera parte
La epidemia antropógena

Estamos tan hartas de que
nuestros relojes dirijan
nuestros horarios, que para
despertar elegimos una
melodía amable, a pesar de
que el espejo nos muestre
la mirada de una perra que
enseña los dientes con rabia.

Nos resignamos a dejar de
lado los árboles y volver a la
realidad de las plataformas
logísticas y el sonido del
tráfico.

Todo está en llamas y se
inicia una danza al son de las
costumbres de una mujer que
jamás se ha saltado un semáforo.

Aquellas que prefieren olfatear
la basura de sus vecinas a
oler el perfume a azahar de su
media naranja.

Los políticos encierran en una
urna el instinto de un gato,

mientras dibujan para orinar una
diana en el centro de un mapa.

¡Atrás!, le dices a un caballo
desbocado, mientras imaginas
en el mar un pesebre y un pez
se pregunta para qué ser un
héroe en Troya si en el océano
se encuentra la Atlántida.

Eso fue antes de no encontrar
el camino a Ítaca y naufragar en
una isla de basura que no aparece
en las cartas oceanográficas.

Las palomas intentan adivinar
si en nuestro cerebro dos más
dos son cuatro cuando a pesar
de las advertencias tuvimos
que morder la manzana.

Aunque quizá el desencadenante
no fue la manzana, sino morder
el gusano.

Dicen que cortar jamón más
que un oficio es un arte, pero
yo digo que cortarse las venas
tampoco es tan fácil.

A pesar de los granos que
afean mi rostro adulo con mi
sonrisa al ejecutivo que miente
tras un traje de Armani.

Un juez dictamina que son más
importantes los beneficios que la
vida de los ancianos.

Es lo que tiene la prensa que
detesta a los chabolistas y
escribe lo que le dictan los
títeres de la mafia.

He tenido que llamar a un
informático porque en las entradas
de mi blog no hay comentarios.

Los cuerdos criminalizan a los
pobres que no han sacrificado
a sus hijos.

La propiedad privada es un buen
argumento para vivir de las rentas.

Sufre el principito por una
rosa que dejó desguarnecida
en un pequeño planeta que no
aparece en los planos.

Los mansos esperan
pacientemente, hacinados entre
el olor a purines y las sobras de
un camión de basura.

El símbolo de la libertad
económica sigue siendo
McDonald's.

Donald Trump es un muñeco
de feria que entretiene a la
audiencia.

A oscuras me refugio en mi
cuarto harta de las amenazas
de un banco.

Después de la dentellada
encontraron una puerta de acero
inexpugnable.

En China fabrican artículos de
coña para gozar de la vida a
pesar del desahucio.

Pujan los subasteros cuando las
casas de muñecas decomisadas
están en oferta.

Ha llegado otro siervo a
lanzarnos otro bote de gas
lacrimógeno y mientras las
vecinas aplauden.

La jodida manzana nos
condenó a trabajos forzados,
en el mejor de los casos
retribuidos.

El desempleo está ligado
al fracaso; por eso algunos
vencidos eligieron el oficio del
vagabundo.

Las víctimas abandonaron su
frustración cuando el alcohol
deformó todos sus sentidos.

Dormir debajo de un
puente no era el futuro que
imaginaron cuando se creían
que el mundo estaba en su
puño.

La limosna es un hábito que
degrada de tal forma que ya no
soportas el peso de tus rodillas.

Luego llegan los delirios del
vino, cuando Satanás te mira
de frente, y en sus ojos la culpa
te mortifica.

El sueño te vence, y ya no hay
pesadillas si sueñas con el calor
de una madre, que acude cuando
pides auxilio.

El diablo te da la espalda y se
esconde en la cara oculta de la
luna mientras vomitas.

Lucifer te ha jodido la vida y
has olvidado su rostro, aunque
a veces, recuerdas que te hizo
firmar la carta de despido.

Tampoco es importante la
mano del homicida: algunos
no pueden soportar el jodido
capitalismo, y da igual el
demonio que les visite.

De niño te hicieron creer que
el éxito era posible, mientras el
usurero mermaba los ahorros de
tus padres con su codicia.

No habrá ángel de la guarda
que te libre de dormir a la
intemperie, si no has podido
pagar tus facturas.

Menos mal que si se invierte
en un banco, el Estado
acude al rescate.

Siempre será rentable sacar
provecho de las personas más
frágiles.

Sobre todo, si a la vivienda se le
ha caído el tejado, y los pilares
no soportan en sus cimientos
impagos.

Los servicios sociales no
dan abasto y en la puerta los
antidisturbios se ríen con
ganas.

Pero dejemos de hablar de cosas
banales.

Es cosa de primates dormir
sin almohada.

Me ha salido un jodido grano y
mi novia otra vez me ha dejado.

No sé si quemar un
contenedor de basura o
aparcar en la vía pública un
neumático en llamas.

Es que la quiero tanto que no
puedo dejar de pensar en la
suavidad de unas sábanas.

La prensa me dibuja como a
Saddam Hussein, u Osama
Bin Laden, mientras a un nazi
lo dibuja como el héroe que
mantiene unida a la patria.

Tendrán que volver los Marines
con napalm a extirpar el grano
infectado.
Por eso Ucrania acoge la
chatarra oxidada y en los
cuarteles de la OTAN todos
los domingos estrenan fusiles
de asalto.
La ayuda humanitaria es un gasto.
Son más rentables las balas.

Demasiadas noches sin
dormir, para volver a la
realidad donde el odio está
en todas partes, como una
esvástica en Auschwitz.
Hay personas que no aceptan
el reparto, y entonces
comienzan a desaparecer los
nadie que no tienen nada.
Suena una detonación, y el
asesino, a pesar del horror, se
fuma un cigarro como si no
hubiera conocido a su madre.
Algunas aún caminan, entre
nosotras, desnudas con el
labio roto y el pelo rapado.
Las víctimas solo piensan en
escupir con rencor sobre la
tumba de sus torturadores.

Todo se complica, como leer
una nota ilegible con la tinta
mojada y que comience la calle
a llenarse de charcos de sangre.

Es lo que tiene la guerra: que deja
cadáveres y seres queridos que
tienen memoria, a pesar de que
encima de la cuneta ahora hayan
construido una fábrica.

Es mejor contemplar cómo
brota una flor en un agujero de
bala sin preguntarte a quién le
rompieron en ese mismo lugar
los pulmones.

Es lo que tiene aceptar que se
desvanezca un cadáver: que se
terminan por emponzoñar las
heridas abiertas, que no se han
cerrado.

Los golpistas siguen en el
ejército.

Los sacerdotes bendicen el suelo
donde están enterrados los
asesinos.

Y los fascistas dictan las leyes,
para restablecer el orden, cada
vez que un esqueleto sale a la
luz y perturba la calma.

Si la oveja se mirase al espejo,
desearía ser negra para
abandonar el rebaño.

A pesar de los puntos violeta, la
Unión Europea no va a abrir la
frontera a las mujeres afganas.

Mientras tanto, en Ucrania
gritan: ¡Vivan las armas! Y las
multinacionales celebran la
muerte de uno y otro lado.

La máscara se hizo
insoportable y terminamos
llenas de rasguños al tratar de
cruzar el alambre.

Huele a vinagre, a pimienta y a
sal, y los botes de humo no nos
permiten ver la distancia que nos
queda para alcanzar los derechos
humanos.

En la frontera de Melilla han
asesinado a treinta y siete
personas y a nadie le importa
a quién pertenecían los
casquillos de bala.

Espurrean las olas gritos de
socorro, mientras en la playa los
guardias disparan.

Es más valioso en el estrecho
el hachís que la vida de una
mujer magrebí embarazada.

Por eso, ya nadie se acuerda de
Aylan y es un delito socorrer en el
mar a las personas que migran.

Siguen cerradas las fronteras
y las personas siguen siendo
ilegales.

Hemos llegado a la cima, gritan
en voz alta en un vertedero de
basura después de atravesar el
Mediterráneo.

Algunos las miran con
superioridad, aunque de
pequeños las migrantes les
limpiasen sus narizotas.

Las ancianas prefieren el cuidado
de las migrantes al desdén de sus
hijos.

Es lo que tiene vivir sin
papeles: que no sabes si acudir
a un centro de salud o si
prefieres ahogarte.

Al menos a los mendigos los dejan
vivir con su ruina.

Es cosa sabida que la madre
de Bambi murió asesinada.

En las citas de extranjería a las
zurdas las golpean con una vara.

Dicen que las empleadas del
hogar ya tienen derecho a paro.

Perseguido por la policía, un
mantero ha perdido la vida en
la calle.

Tras los disparos en la frontera, se
han ahogado quince inmigrantes.

En la Franja de Gaza siguen
siendo un objetivo militar los
hospitales.

Cuéntales a los niños sirios eso
de una Coca Cola y una sonrisa.

Los refugiados en busca de
una sonrisa han encontrado
Marines.

Qué grosero el negrito que no
acepta propina.

¡Que nadie se quede atrás!,
dijeron, mientras en las
chabolas de plástico los
antidisturbios se colocaban el
casco.

Nadie confiaba en las gitanas,
por eso, cuando derribaron las
chabolas, crearon guetos en los
barrios del extrarradio.

Hizo falta más heroína en los
barrios y más futbol gratis en
las casas de apuestas.

Para entonces, los pájaros
habían caído en un valle de
lágrimas edificado con sangre
y solo los esclavos domésticos
añoraron al amo.

Menos mal que hay más
pétalos de rosa que vendas
ensangrentadas.

Por eso les guste o no, el Ku Klus
Klan es una cosa del pasado y a
Lucrecia Pérez se la homenajea
en todos los barrios.

Cuidado con los que se cuelgan
una medalla en el pecho por
ejecutar prisioneros.
Otra vez los antidisturbios
y otra vez la gente que huye
cuando el demente apunta a tu
ojo y dispara.
A partir de ese instante, todo es
difuso, como la imagen de un
cimarrón en el agua cuando salta
una rana y deja de ser un esclavo.
O como la niebla que no nos
deja ver cómo juega una ardilla
en el tronco de un árbol.
Dicen que no hay primavera en la
barricada, y que de vez en cuando
la derrota marchita las flores
antes de polinizarse.
Pero es que preferimos volar a
la comodidad de una jaula.
Por eso Matilde Landa prefirió
estampar contra el suelo sus sesos
a aceptar un crucifijo en su lápida.
Ahora hay dibujado un graffiti
en la tapia donde las fusilaron

al alba, como si el arte urbano
pudiese borrar la huella que
deja una bala.
También podemos contar
las víctimas que se cobró la
economía a ladrillazos, cuando
solo quedaron en pie los bancos.
Puede que el usurero intente
justificar con una factura que
no está al corriente de pago el
dolor de una familia arruinada.
La propiedad privada es un buen
argumento para vivir de las
rentas abusivas a costa del fardo
que cargas.
Es la excusa que utiliza la
mafia, antes de que la policía
obedezca una orden y la luz
deje de entrar por las ventanas
tapiadas.
Tampoco pedimos tanto, una
copa de vino, una hogaza de pan,
y un buen beso en los labios.

En el purgatorio se aplaude
el arrojo de los que
atormentados eligen el
suicidio como salida.
Susurran el nombre de los
ejecutores que de un solo tiro

dejaron un huérfano en el hospicio.

Sueñan con convertir en pesadillas el sueño de sus verdugos.

Mientras tanto, los enfermos mentales defecan sobre sus tumbas.

La fama abraza la enajenación de una madre que detesta a sus hijos.

El éxito estriba en no dejarse intimidar por el usurero que amenaza el desahucio de nuestra vecina.

Hacer sonreír es un acto de terroristas, y los payasos han cambiado de oficio.

Los vagabundos alientan en los semáforos a los conductores ebrios para que atropellen a los mendigos.

Mientras tanto, un psicópata dirige nuestro destino a base de insultos.

Los soldados disparan sobre mujeres, ancianos y niños.

En los prostíbulos, la sífilis hace justicia.

El enemigo es alguien que se acerca a oler tu basura.

Una bandera justifica el arma homicida.

Tras la detonación hay un zurdo que todavía respira.

En nombre de Dios se bendice en
la iglesia a los asesinos.

Un político nos habla de
restablecer el orden sin alterar
los colores de un mapa.
Es lo que tiene el poder de las
armas: que se nos olvida que
terminas por abrir la cabeza a
tu hermano.
La recompensa es que tu vecino
cambie de acera o que el camarero
termine por escupirte en el plato.
Algunos tendrán que mirar
otra vez los bajos de su coche
cuando se crucen con un
tuerto en la calle.
Menos mal que la cocaína no me
deja pensar a quién le rompo la
cara.
Lo peor son los perros que
no se dejan domesticar, esos
intentan morderte con rabia.
Por eso menospreciamos a Pablo
Hasel y un chaleco amarillo
prefiere la gasolina a un megáfono.
Es lo que tiene que te ignoren,
por mucho que hables: que al
final, como decía Muguruza,
es el odio quien guía tus pasos.

Siempre quedará un apache para
joderles el fin de semana.

La única salida es que los
hippies quemen su cartilla
militar y que Martin Luther
King termine por escalar la
montaña.

Tampoco interesa que se señale
a los esclavos domésticos como
culpables.

Por eso mataron a los negros
malos y Malcolm X murió
asesinado.

Es lo que tiene que te acepte el
rebaño: que terminas por enseñar
tu bandera en las redes sociales.

Ya no cantan en la jaula los
pájaros, pero desde una
ventana he visto el retrato
de una pirata sin parche en
el ojo y sin pata de palo.

Se persigue a los científicos por
inocularnos ideas confusas.

Los soldados realizan labores
humanitarias con gas pimienta,
pelotas de goma y cañones de
agua.

En la calle, un capullo me ha
confundido con una crisálida.

Habrá que pegarle el tiro de
gracia antes de que el reo
encuentre la forma de abrir el
candado.

Cuidado con el hidalgo que
perdió la cabeza y libera a los
galeotes de sus cadenas.

Tras el código de barras hay un
recluso con una tarjeta de crédito.

Los presos comunes no saben
nada de la lucha de clases.

Los mastines no se hacen
preguntas, ellos primero
muerden si los achucha
su amo.

Los tertulianos espurrean
saliva mientras se les hinchan
las venas del cuello cuando
justifican sus argumentos.

Cada vez que dimite, aparece otro
guiñol con una Coca Cola en la
mano.

Demasiado tarde para tomar la
Bastilla, demasiado tarde para
recibir una multa, demasiado
tarde para dormir en comisaría.

La realidad la distorsionan
las drogas, y el sol es un
cuadrilátero que golpea tu

cara como un horizonte de
trabajos forzados.

Cuando estoy contigo, prefiero
tus labios a una raya de coca,
a pesar de que me seduce el
gusano.

Una sobredosis me muestra el
vértigo al borde de un acantilado;
menos mal que estoy a tiempo de
buscar en tus ojos el agua.

Empapado de orina he caído
en un charco, y no tengo valor
para volver a mirarte.

Con la mandíbula desencajada
me miro al espejo, y veo un
muñeco con las pilas gastadas.

Prefiero un piano al ritmo del
golpear de una máquina; me
dejo llevar, y entonces desenfoco
la imagen, solo veo abrazos
donde se daban patadas.

Con un cartón de vino buscas
soñar a cielo abierto con un
aquelarre, antes de que te
duela el hígado e implores la
bondad de las hadas.

Salga el resultado que salga,
en la casa de apuestas no
dejarás de ser una esclava.

Solo la mala suerte le llueve a los
nadies y los números rojos son
mi desgracia.

Mis ahorros se agotan, y en la
casa de apuestas, grito todo o
nada.

Los trileros te enseñan el color
del dinero y luego te lo arrebatan.

Deja de jugar con el hambre
de mis hijos, no seas
miserable.

Salga el resultado que salga, en
una urna no está la llave.

El enemigo número uno es
una mujer que no tiene
miedo a mostrarse desnuda,
para ellas un convento y un
crucifijo.

La moral de un sacerdote
no tolera desnudos, por eso
camina con los pies descalzos
como castigo, por seguir sus
instintos.

En el confesionario, un cura se
masturba mientras una feligresa
detalla sus pecados más íntimos.

La iglesia promete un cielo de
nubes blancas para las que se
arrodillan.

¡De rodillas!, dice el proxeneta
mientras promete un convento
de clausura para las que se
descarrían.

Los clérigos amonestan a
las mujeres que enseñan los
muslos mientras por la noche
acuden a los prostíbulos.

Algunos prefieren quemar mujeres
libres a arrancarse sus ojos lascivos.

Al fin y al cabo, el odio de
un cura se cura con dos
padrenuestros y dos avemarías.

Dejad que los niños se acerquen a
mí, decía un sacerdote, mientras
tus hijos, ante su presencia, no
podían retener la orina.

Un cura ignora el poder de un
beso en la boca, e imagina un
dios que castiga.

Siempre es más sano que se
besen dos hombres a que violen a
un niño.

Culparon a Eva del pecado de
Adán y la condenaron a un
burka.

Las monjas guardan silencio como
castigo por haber hecho morder la
manzana a Adán en el paraíso.

Hicieron lo mismo con la
virgen María; según ellos,
solo era una figura decorativa
cuando crucificaron a Cristo.

Nada dice la iglesia de que su
padre ni siquiera se hallaba en la
escena del crimen.

Dicen que es urgente volver a
andar con los pies desnudos
y comenzar a abrazar a los
árboles.

Sin embargo, terminamos por
acariciar nuestros grilletes y
rechazamos al que nos muestra
la llave.

Solo hay discrepancias, por
eso ya no ladran los perros,
que prefieren el calor de una
chimenea a perseguir a los gatos.

La tecnología acaba con la
ingenuidad de tus hijos, que se
masturban sin pudor frente a
una pantalla.

Al otro lado del océano suena un
disparo, y hay un niño con un
arma en la mano.

Algunos sueñan bajo los bajos
de un camión con la gloria de
ganar una Champions.

Después, para salir de la rutina,
imaginan pegarle a la manzana
un mordisco, en la misma chabola

donde se respira el humo que ha
matado a sus padres.

Don Quijote carga contra los
antidisturbios, mientras Sancho,
después de morder una cebolla,
con los ojos aún húmedos, le
persuade de que lo que ve son
molinos, no funcionarios.

Quieren volver a cerrar
la puerta del armario y
dejarnos a oscuras.

Al señorito de vez en cuando se
le va la mano con las sirvientas.

El domador de culebras busca
una doncella para inocularle
veneno.

Los cuchillos largos violaban
mujeres y mataban guerreros.

No dejaron ni búfalos en la
pradera.

No ha dado tiempo a
desenterrar el hacha de
guerra, y ya todos muertos.

Tras la batalla siguen siendo un
botín las hembras.

Cuando los rusos y los aliados
entraron en Berlín, no hubo
mujer a la que no mancillasen
su cuerpo.

Los Marines disparan a los
corresponsales de guerra.
Se seguirá quemando petróleo
cuando estén todos muertos.
En la franja de Gaza ni a los
niños respetan.
El objetivo es que un indeciso
solo escuche mensajes de odio.
Y el espectáculo es que un
tertuliano nos enseñe los huevos.
Después.
Después, todas tuertas.

Miro mis ahorros para ver si
soy rey o soy paje.
Voy a ver si con un yugo ya no
siento las alas.
A veces me pregunto si, al bajar
la cabeza y aceptar sus migajas,
será todo más fácil.
Todo es más sencillo cuando
te adaptas a respirar el aire
contaminado.
Hasta que un día te das cuenta de
que la falta de oxígeno envenena
tu sangre.
Entonces los pulmones dejan
de funcionar y, sin saber muy
bien por qué, acabas camino de
urgencias en una ambulancia.

Es lo que tiene creer que puedes
sacar provecho de una máquina
que engulle todo a su paso.
Hasta que un día terminas en
el desguace, como la chatarra
oxidada.

Cuidado con los charlatanes
que nos venden el triunfo
del individuo sobre una
multitud sometida.
La última que escribió en un
papel un poema, creía que
era un pájaro, hasta que no le
dejaron ni las migajas.
Han dejado de escribir versos, y
ahora visitan los centros de ocio
con zapatillas Adidas.
La duda es un estado de
lucidez donde se cuestiona el
orden establecido.
Lo importante es mantener el
orden en una fila de hormigas y,
una y otra vez, elegir al verdugo.

En el paisaje penumbra y
asomados al abismo, el
vértigo confunde una puesta
de sol con la deflagración de
una bomba.

¿Para qué tanta matemática si
la respuesta a tanta pregunta
se encuentra en la taza del
váter y la solución al problema
está en el agua que limpia
tanta inmundicia?

Tras el paisaje, el dibujo de un
niño: la espiral que se repite y los
carnívoros que se comen a los
herbívoros.

Una figura en la sombra puede
mostrarnos los temores que
habíamos olvidado cuando
nos hicimos adultos.

Cuidado con los peones
derrotados a los que ya no les
importa el resultado de la partida.

El jaque mate es seguro si
derribamos las torres y nos
olvidamos del linaje de los
alfiles.

El caballo ansía la libertad y con
regocijo relincha.

No habrá dios que salve a
la reina ni discípulo que no
se atreva a negar a toda su
dinastía.

Es cosa de brujas el orgasmo,
por eso los sacerdotes a
escondidas se flagelan y en
público avivan las llamas.

Deformes de uniforme
rodeados de cadáveres se
vengan de las lesbianas.

Malditos bastardos que te rapan
el pelo y te pasean desnuda como
venganza.

Malditos bastardos que
maltratan animales en las
plazas de toros.

Malditas bastardas que cuando
sale a la plaza el torero le tiran las
bragas.

Maldito bastardo que en plena
pandemia con una bofetada
impone su ley en la calle.

Malditas princesas que prefieren
un diamante en el dedo a andar
descalzas y masturbarse.

Malditos bastardos que acosan
a las menores que migran y las
condenan a vender su cuerpo
a pesar de sus náuseas.

Malditos bastardos que en
nombre de Dios exigen a sus
mujeres el derecho a ultrajarlas.

Malditos bastardos que te
llaman enferma y te quieren
ver en el armario encerrada.

Alcanzar el primero la meta
es el sueño de un niño que
desde pequeño andaba
torcido.

Algunos soñaban con ser los
protagonistas de una película
y terminaron nominados a
doce mensualidades y dos
pagas extras.

Si no fueran unos cobardes,
elegirían el suicidio, pero
prefieren anestesiarse con drogas
legales los fines de semana y los
días festivos.

La princesa está triste porque
descubre que su príncipe no
era azul, sino un blanco que
violaba nativas.

Es lo que tienen los cuentos
de Disney: que deberían estar
prohibidos.

Nadie les cuenta a tus hijos
que las responsabilidades de
los adultos convierten sus
sueños en pesadillas.

La reina termina rodeada de
campesinas a las que tortura con
odio porque se atreven a bailar
por las noches desnudas.

Es lo que tiene acabar
sometida: que evitas que al
alzar la voz te golpeen los

antidisturbios, pero no evitas
la bofetada de tu marido.

¡Yo sí te creo! Pero es que mi
vecino es un padre de familia con
traje y corbata que te enamora
con su sonrisa.

Lo importante es participar, te
decían, pero nadie se esperaba
a aplaudir a los que llegaban
los últimos.

Es lo que tiene la fórmula
matemática de la belleza: que a
veces el resultado no es positivo.

Algunas enfermedades
mentales son el producto
de que los chicos solo se
enamorasen de la tía del
anuncio y aborreciesen a las
niñas por su gordura.

Algunos sospechan que tras la
modelo hay una vida de abusos
desde el colegio hasta el instituto.

Peor lo tiene la migrante que
no puede esconder el color de
su piel oscura.

Las gitanas ya no sufren;
aprendieron a sobrevivir en los
campos de concentración donde
pretendían su exterminio.

Peor lo tiene quien nació con
un género que detesta y tiene
que aguantar desde pequeñe
agravios e insultos.

Siempre podrás rezar dos
padrenuestros y un avemaría, y
así olvidar que has nacido para
limpiar la letrina.

No hay lugar para los
centauros en la mitología
europea moderna donde la
prosperidad se mida por la
prima de riesgo.

Después de reprimir a las
antisistema, Longinus lancea
sus costados para comprobar
que están todas muertas.

Hay un misil gratuito para cada
disturbio y una bandera para
cada individuo.

Por eso las monjas de clausura
sueñan los domingos con
practicar en el convento un
aquelarre y en el harem han
matado al gallo las prostitutas.

Si te asusta el veneno, siempre
puedes inyectarte una dosis de
probabilidad en una casa de
apuestas.

Algunos prefieren escuchar
las noticias de la guerra con
cascos azules para lavar su
conciencia.

Cuidado con hacer daño a
las personas más frágiles;
algunas, cuando se trizan,
nos muestran sus filos.

Entre las ruinas siempre
encontramos una joya, que
pasó desapercibida.

Algunas hallan entre los
escombros objetos perdidos que
un día las hicieron felices.

Las personas caminan tristes,
a pesar de tener numerosos
amigos... en las redes sociales.

Han creado un futuro, donde
su imagen nos muestra la
adolescente que abandonaron,
después de pagar sus facturas.

Circulan por el asfalto, hacia
un lugar donde aliviar los
temores de su infancia.

Hacia un lugar donde ocultar los
actos de cobardía.

Debatir en el parlamento las
ideas de una anciana que
sigue cambiando pañales.

Soñar una cuneta, donde
crecen las rosas, con el nombre
y los apellidos de las personas
que permanecen en el olvido.

Oler su perfume y obviar la
podredumbre de los cuerpos
atormentados.

Dibujar en cada tapia un
grafiti que nos haga olvidar el
sonido de los disparos.

Y borrar todas las líneas trazadas
en los mapas que fomenten el
odio.

Solo entonces podremos abrir
con una tijera un tajo en el agua.

Soy un náufrago que ve
vísceras en una hamburguesa
de plástico.

Odio el derecho de pernada
y odio que se lucren de mis
impuestos los descendientes
de Franco.

Con un porro entre los dedos,
aterrizo de golpe otra vez,
al hambre de los perros
abandonados.

A nadie le va a importar mi
suicidio; las personas no
importan si traspasan el
umbral de la pobreza.

La máquina cosecha billetes
de quinientos en la cuenta
bancaria del terrateniente
mientras los jornaleros
mendigan peonadas.

La población sigue enferma
para mayor gloria de Dios y de
las farmacéuticas.

Los científicos han perdido la
cordura en busca de un milagro
que evite el cambio climático y
aumente los dividendos.

Las multinacionales prefieren,
si no hay beneficio, el ruido
de un misil en un país donde
no importen los derechos
humanos.

Hoy en día el inventor de la rueda
se habría hecho millonario.

Vamos a dejar de soñar cosas
tristes y vamos a soñar con
un holocausto.

El petróleo crea monstruos y
países en guerra.

Un barril de petróleo rememora
vertidos y peces con las entrañas
oscuras.

Un barril de petróleo despierta
la ofensiva de los que tienen
derechos frente a los que
desean obtenerlos.

A veces las alambradas no tienen
salida, entonces solo queda
construirse unas alas y asumir
precipicios.

Tal vez debamos plantar
árboles; sobre todo en los
sitios donde el ruido de los
motores no nos deja escuchar
el saludo de nuestro vecino.

Hay que construir más calzadas.

Hay que construirlas en el
lugar más abrupto.

Hay que construirlas por encima
del agua.

Hay que crear de la conciencia
semilla.

He visto horizontes sin manchas
de humo.

Y he visto senderos sin puertas
al final del camino.

Los libros tienen escamas,
plumas y vértebras, y
pueden dar a luz en la
oscuridad de una cueva.

Es como colocar en tu oído una caracola para poder escuchar el dialecto de las sirenas.

Como soñar con la Atlántida y conocer el origen de los tartesios.

Es lo que tiene mirar por la ventana los días de lluvia: que te deja jugar con el reflejo de las farolas sobre los charcos de agua.

Es como un lápiz en una lámina blanca, que puede tornar en un amanecer la noche más negra.

Como un disparo que, tras la bala, libera al esclavo de sus cadenas.

Como el crepitar de una locomotora de tren abandonada que lleva a los niños a hacer incursiones en una selva remota.

Como el cascarón de una barca varada en la arena que promete naufragar en una isla desierta.

Como unos prismáticos que nos permiten ver en un nido un fénix entre las llamas de un fuego.

Como un telescopio que nos permite imaginar la vida en una ignota galaxia.

Como un mensaje que guarda un secreto porque no nos atrevemos a romper la botella.

Es lo que tienen los mensajes ocultos: que puedes hacer conjeturas sobre un idioma desconocido donde se ha corrido la tinta.

Como ese gato que cruza la vía pública sin mirar en este momento.

Es como jugar con el movimiento de la máquina que Kandinsky tenía en su cabeza.

Tan sencillo como olvidarnos de Ítaca y disfrutar del océano.

Trazar una cometa sobre la superficie del agua.

Desforestar una casa de apuestas sumida en el pánico.

Aceptar la probabilidad de que dejen de girar los astros.

Edificar sobre el vértigo una letrina si no somos capaces de aceptar el vuelo de las aves por encima de los andamios.

Irrumpir con la voz de los deudores en el banco.

Golpear al usurero con la desesperación de la suicida que no puede pagar sus facturas.

Recitar un poema tuerto con
los gases lacrimógenos en la
garganta por las que continúan
presas.

Escuchar en la frontera el
sonido de las plañideras sobre
los cuerpos ahogados.

Siempre gana la banca, que
gire la rueda de la fortuna.

Los científicos abandonaron la
cordura y dejaron de compartir
su sabiduría con la tribu.

Es lo que tiene lo público: que no
genera capital en los paraísos.

Los parados han dejado de
recoger aceitunas, y una
cosechadora acabó con los
braceros de la vendimia.

Un biólogo trasforma un virus
amable en un asesino.

Un químico juega con sacar al
mercado una droga más dura.

Es lo que tienen las
farmacéuticas: que solo
comprenden una vacuna
cuando la trazan en la curva de
beneficios.

Hemos vuelto a desoír a los
sabios y adorar a los dioses.
Los mensajes en una botella
continúan sin aceptar el
naufragio.
Así resulta más fácil; los peces ya
llevan adherida a las branquias
una bolsa de plástico.
El logo del vertido ha quedado
serigrafiado sobre sus escamas.
Sucedió cuando soñábamos
desnudos con el regreso de los
dinosaurios.
Algunos añoraban a los
gladiadores y a los leones en
los circos romanos.
Era mejor observar cómo se caía
la viga que intentar apuntalarla.
Encerrada en una chistera,
la paloma escuchaba sonoros
aplausos.
La pornografía guiaba el instinto
de los adolescentes hacia el
orgasmo de los sacerdotes.
La mascarilla ocultó la sonrisa
y nadie volvió a fingir que le
hacían reír los payasos.
Para entonces todas éramos
esbeltas a los ojos de los
enfermos mentales.
Los viajeros contaban sucesos
en ciudades abandonadas a
merced del uranio.

Resultó que los carnívoros
siempre eran más elegantes.
Comenzó a ser más
importante la estética que las
relaciones humanas.
Tan solo faltaba una pieza para
que la tierra descansase otro
millón de años.

Transfusiones de sangre para
salvar al último pájaro.
Líquido amniótico para
proteger tras un incendio a los
árboles.
Donaciones de semen para
inseminar a las flores moribundas.
Flujo vaginal para que los
frutos germinen.
Médula ósea para rectificar la
inclinación de un árbol caído.
Saliva para que regresen los
caracoles tras la tormenta.
Jugo gástrico para digerir los
vertidos de chapapote en el agua.
Hiel para rememorar a las
víctimas en la Franja de Gaza.
Orina para calmar el veneno que
inocula el pirómano a las ardillas.
Lágrimas para que cicatricen
las quemaduras.

Sudor para cavar el terreno y
plantar la semilla.
Dopamina para celebrar la
cosecha.
Y cada cual que apague las llamas
con su último aliento.

Una gaviota se lanza en
picado en protesta por el
cambio climático.
Un avión sobrevuela Guernica
y el desastre ecológico es que
no quedó en pie ni un solo
árbol.
Los Marines bombardean la selva
con napalm y he visto un ciervo
huir con fuego en las astas y no es
el toro embolado.
El último brote de hierba
quedó suspendido en la grieta
a la espera de habitar los
escombros en la franja de Gaza.

En los centros comerciales,
la tarjeta de crédito es una
herramienta que te hace
sentir mucho más alto.

Las compras convulsivas en
las rebajas son un orgasmo
fácil que satisface nuestros
instintos más básicos.

Los actores juegan a ser dioses y
se disfrazan.

Con el bizum los teléfonos
echan humo, aunque a veces,
al ver en negativo el saldo,
desearíamos no tener datos
ilimitados.

Los adolescentes no entienden
de Euribor variable, y las últimas
zapatillas de deporte lucen en los
pies como los abdominales de
Cristiano Ronaldo.

Los niños han dejado de
jugar en los parques y tiran
para distraerse por el suelo el
género de los comercios.

Los ambientadores evitan el
olor nauseabundo de la grasa
putrefacta cuando arde en la
parrilla el cadáver.

Los festivos son un buen día
para satisfacer nuestros
deseos y a nadie le importan
los derechos laborales.

Los esclavos domésticos
consumen con la libertad de los
adictos la mansedumbre que les
otorgan sus amos.

Por un módico precio siempre
pueden encontrar la felicidad
en el próximo escaparate.

Hay que salvar a los
submarinos nucleares
de los ecologistas que
protegen a las ballenas.

Para los atletas, transfusiones
de sangre económica directa a
la vena.

He visto un sol dibujado en
los muros de una chimenea
industrial mientras las cigüeñas
caen fulminadas por su veneno.

Las hormigas han comenzado
a colonizar los edificios de
viviendas, hartas de soportar
que fumiguen la hierba.

En la granja, los animales
domésticos odian al perro del
carnicero.

En la escuela tiene que entrar la
materia hasta que la memoria
se distorsione y presente al
verdugo como un misionero.

Pero dejemos de hablar de sexo;
en los prostíbulos, el sacerdote
también practica el francés y el
griego.

Cuidado con los mensajes
en una botella; la curiosidad
puede ser un anzuelo.

Solo los adictos a la cafeína
pueden ver en el cielo una
bola de fuego.

Por eso los Reyes Magos
siguieron su estela y llegaron
rodeados de oro, incienso y
mirra a exigir el derecho de
pernada a la virgen María.

La bala no es un buen
argumento; he visto a Papá Noel
en Navidad desalojar a unos
niños de su vivienda.

Herodes mandó ejecutar
una orden en la franja de
Gaza y no hubo inocente que
sobreviviese al disparo del
asesino.

El francotirador espera el tiro
perfecto en una cola para recoger
alimentos.

Siempre hay un Judas que por
unas monedas te golpea y te
insulta si no aceptas las leyes
del usurero.

Otro mundo es posible
si aceptas la amnesia
colectiva.

Entre tanto buitre, soñar es un
poco de necias.

El alcoholismo es el único
remedio para soportar la realidad
de los cuerdos.

Es preferible sonreír mientras
anudas la soga y sueñas con
tomar la Bastilla.

Es verdad que una pelota de
goma puede saltarte un ojo hasta
que suene el pan del obrero.

Nos hacen creer que por arte
de magia firmamos convenios,
pero nadie dice que hubo
piedras debajo de la chistera.

En el estado del bienestar, los
gases lacrimógenos producen
ceguera y nadie quiere acabar
con la garganta seca.

Es mejor taparse las narices
para no oler tanta mierda en
los retretes del ministerio.

Los cementerios están llenos
de mansedumbre laboral
accidentada que no tiene
derechos.

Demasiado hermoso pensar
en un océano sin derrames
de petróleo, sin chapapote y
sin vertidos de uranio.

Sublime como ver los
acantilados sin personas
derrotadas que acepten la caída.

Es lo que tiene el repicar de las
olas cuando golpea las rocas
abruptas: que el eco de las
plañideras compone un réquiem
que no pueden soportar los que
no empatizan con las desgracias.

Es lo que tiene regularizar el
naufragio: que terminaremos
por señalar en un mapa el
pecio de una patera.

El camello siempre es un
subsahariano, aunque no le hayas
visto trapichear en la calle.

Nadie dice nada del
empresario que no da de alta
el contrato de una marroquí
cuando recoge en un huerto
tomates.

Ni de la paraguaya que, interna,
limpia el culo a un anciano de
madrugada.

Tampoco la ecuatoriana que
limpia por horas el salón de
tu casa; esa no tiene derecho a
paro.

Todos vuelven la cabeza para mirar
a la gitana cuando en la estantería
se ha echado algo en falta.

Es lo que tiene normalizar un
atraco: que nadie se atreve a
señalar al que lleva corbata.

Ese que abusa de su poder y
levanta la falda a las jornaleras
mientras las amenaza.

Luego está el patriota que tras
la bandera esconde su fracaso
y por la noche le prende fuego
a una chabola de plástico.

Dicen que protegen a los
españoles mientras en su casa
sus hijas aún recuerdan los gritos
de su madre.

Cada vez se suicidan más
indios obligados a trabajar
de balde la tierra de sus
ancestros.

Los psicólogos acaudalados
orientan sus conocimientos
al marketing, extraños a los
adictos al agua de fuego.

Los letrados juegan a ser dioses
cuando dictan sentencia, ajenos
al desahucio de su habitación de
muñecas.

Por eso algunos, como dice
Robe, prefieren ser un indio
a un importante abogado,
al lado de la vecina que esa
noche dormirá a la intemperie.

Cada vez hay más versos
indiferentes en los pasos de cebra
mientras las editoriales invierten
en escritores con éxito en las
redes sociales.

En la entrada del Obramat en
busca de un jornal sin derechos
se agolpan los sin papeles.

Cabalgar como Don Quijote
tampoco es tan fácil.

Aunque nadie ha preguntado
a Dulcinea si prefiere ser una
doncella en la corte o una
campesina en Fraguas.

Sancho continúa con Rucio
preguntándose si al final no
serían gigantes.

Igual Rocinante prefiere
cabalgar con los unicornios al
calor de una granja.

Tampoco es para tanto; al fin y al
cabo pago una hipoteca, trabajo
en una fábrica y con mi pareja
firmé un contrato.

Quizá por eso empatizo con
los vagabundos; cualquier
sitio es un lugar idóneo para
dormir al raso.
La mendicidad no es una opción
válida; prefiero robar un banco.

La pantalla digital nos ha
maniatado veinticuatro horas
diarias a nuestro empleo.
Las salas de ordenadores
consumen sin control energía
para que el spam inunde
nuestro correo.
La luz de las farolas llega para
dejarnos a oscuras sin luna y sin
estrellas.
Los religiosos utilizan un burka
o un capirote para amenazar
con el castigo divino a los ateos.
Los alcohólicos prefieren obviar
la realidad del agua de fuego
que doblegaba el carácter de los
indios que se negaban a aceptar
la reserva.
Los refrescos de cola esperan
impacientes con los brazos
abiertos a los ex drogadictos
con una sobredosis de cafeína.

Los ángeles anónimos toman
con la palabra los muros con
mensajes obscenos.

El negocio es un adicto a
las redes que espera unos
abdominales perfectos.

La dopamina retoca la foto y elige
al azar un gimnasio donde se
vende viagra a un módico precio.

La foto ideal me obliga a
enseñar más escote del que de
verdad me apetece.

Hay que mostrar lo guapos que
somos, mientras los emoticonos
nos muestran si seguimos los
cánones de la belleza.

La talla treinta y ocho se
normaliza en las redes sociales
mientras en la calle cada vez
hay más obesos.

Una de cada diez personas en
edad de votar prefiere la extrema
derecha.

En las urnas ha brotado una
esvástica y los consumidores
aplauden a la Gestapo que
identifica a otro negro.

Los suicidas esperan en el andén
del metro el milagro de una
sonrisa que les persuada para
evitar la caída.

Manchas de pintura sobre la
belleza de un cuadro como
un rastro de aceite sobre
un charco de agua.

Está de moda romper los
rasgos del rostro con un
tatuaje y pintar en un lienzo
figuras geométricas.

Está de moda en el muro
la esvástica como un
espermatozoide que penetra por
la fuerza sin estar invitado.

Como ese café sin azúcar
que saborea insatisfecho el
diabético.

Como esperar un resquicio de
luz en el lugar de la sombra o
desechar otro teléfono móvil que
se queda obsoleto.

O como esperar que su voto
sea útil en el congreso.

Se vende como una obra de
arte una clara de huevo sin
yema en un plato.

Es lo que tiene que te rompa
el corazón un disparo: que la
autopsia deja al descubierto
tus glóbulos blancos.

Siempre hay un lobo que, por la
noche, si empiezas a contar, se
come una oveja.

Maldito poeta que encerraste a
una sirena en una pecera.

Maldito poeta que desplumaste
para que dejásemos de soñar al
último pájaro.

Maldito poeta que cada vez
que recitas se colma la calle de
gente indignada.

Amaneceres para los ojos de
un ciego que no se da por
vencido.

Perseguir una nube cuando
volar una cometa sea un acto
de terroristas.

Contemplar el vuelo de un águila
cuando el chapapote, las cenizas
y el plástico solo nos dejen pensar
en un planeta sin vida.

Dejarnos llevar por la fuerza del
viento mientras contemplamos
la caída de las últimas hojas de
las ramas desnudas.

Contemplar una estrella fugaz
con la mirada de un niño que no
conoce la estela que dejan en el
cielo los bombarderos.

Contemplar como un lunático
que se arranca el cuero
cabelludo; como en las noches
de luna llena, el francotirador
continúa disparando a sus
víctimas.
Esconder nuestro rostro por
temor a un espejo que manifieste
nuestro cerebro deforme.
E imaginar un ser extraño con
nuestros genes que respete el
entorno que habita.

Es lo que tiene una cámara:
que nadie vigila al demente
que nos observa.
Como una transfusión de
petróleo a la economía
europea.
Es como dejar caer una bomba
atómica para que la armonía
prevalezca.
Por el bien de los peones, hay
que dar jaque mate en el primer
movimiento y no dejar que Dios
vuelva a salvar a la reina.

Apesar de alcanzar la cima
de la montaña, las vidas
negras continuaron sin
importar a nadie.

Por eso aquí mataron a
Lucrecia Pérez los mismos
que allí llevaban una sábana
blanca.

Pero volvamos a la lucha de
clases; aquí también los maquis
se echaron a la montaña y no se
rendían a la supremacía de sus
amos.

Para entonces los mineros
estaban hartos de quemar
neumáticos.

Podría mencionar Casas Viejas,
pero el camino es arduo.

Siempre ha habido esquiroles
y siempre ha habido cipayos.

Las empleadas del hogar, hombro
con hombro con los sindicatos,
consiguieron derechos laborales.

Las afectadas por la hipoteca
consiguieron el alquiler social
y la dación en pago.

Por eso no estoy orgulloso de
ninguna bandera ni de ninguna
patria.

Tampoco me avergüenzo de
los pobladores originarios que
mataron en nombre de

la religión y de los reyes; los
soldados.
Mis antepasados cuando se
colonizó el nuevo mundo
también pasaban hambre.
Cuando el sol no se ponía en
el imperio, mis tatarabuelos
recordaban la obediencia con
cicatrices en la espalda.
Por eso prefiero olvidar que hay
una poción mágica y hacer una
legión con las personas derrotadas.
Los héroes no existen, pero el
pueblo unido puede doblegar
al tirano.

La brisa del aire distorsiona
en la piel del agua el rostro
de otra persona que mira al
mar y abandona su tierra.
Ya solo quedan en la tribu
las ancianas para cultivar el
campo y recoger la cosecha.
Algunos emprenden el viaje a
sabiendas de que con los zapatos
que calzan no llegarán demasiado
lejos.
Por alguna extraña razón
caminan por las crestas de las
olas agrestes hacia un destino

incierto sin importarles el país
que atraviesan.
Se han acostumbrado a dormir
con un ojo abierto.
Lejos del calor de una madre y
sin los besos de sus abuelos.
Lejos de su dialecto.
Lejos de los rostros conocidos.
Lejos de la inocencia.

Qué iba a ser de nosotras
tantas horas ociosas si se
acabó el wifi gratis.
Hay una isla que es un punto
en un mapa donde eclosiona la
vida y somos seres extraños.
A pesar de mirar no vemos en el
ojo una lágrima ni una espiral en
el centro de un cuadro.
La geometría está en
todas partes, pero prefiero
quedarme con tus ojos; no me
gustan las figuras trazadas con
un cartabón y una escuadra.
Prefiero ver en un circo un
payaso al progreso de las
pantallas digitales con manuales
escritos en varios idiomas en
cientos de páginas.

Dentro del círculo hay un
cuadrado que traducido habla
de otros sistemas solares en
otras galaxias.
La herida ha cicatrizado tras
dejar en un dialecto extinto una
oda escrita al desastre.

Cuidado con atarte; igual te
sueltas y comienzas a ver
fugazmente perseidas.
En sus ojos veo pánico cuando
descubre que su ídolo prefiere
las grutas oscuras a una cena
con velas.
Por eso los insultos, los golpes y
en el hospital las urgencias.
La princesa del pueblo y el
príncipe heredero son el
resultado de la ceguera.
Las tribus nómadas no son
bien recibidas porque no pagan
impuestos.
El esqueleto de un árbol
no da cobijo, ni sombra, ni
puede ocultar un nido de las
miradas ajenas.

Los adictos del siglo XXI
consumen en un centro de ocio
objetos inútiles.

Los tertulianos hincan veneno
estéril en las arterias para
deformar los objetos.

Los patriotas esperan impacientes
el arte conceptual de ver un toro
acuchillado postrado en la arena.

Los héroes anoréxicos ejercen
de chaperos para poderse
realizar una operación
estética.

En la casa de apuestas, a pesar de
la ruina, aún hay quien sueña.

Las redes sociales opinan por
ti, para que pensar no sea una
molestia.

Encerrados entre cuatro
paredes, soñábamos con el
vuelo de una rapaz tras la
ventana.

Con la acrobacia de una
mariposa que rondaba los
cristales.

Con el felino de ojos azules que
hacía equilibrios en la rama de
un árbol.

Con la urraca que pugnaba
con una paloma por el pienso
de un gato.
Con los vencejos que planeaban
en un lugar de nubes blancas.
Con las gotas de agua y
también con los relámpagos.
Con los árboles desnudos que
en nuestra ausencia se habían
vestido de verde y nos ofrecían sus
flores amarillas, rojas y moradas.
Con la luna, con una estrella
fugaz y con un deseo.
Volver a respirar, cuando
volvamos, este aire transparente
que se ve tras los cristales.

Es inevitable que al romper
una ola en la playa deje
despojos humanos rodeados
de plástico.
Esa cámara vigila y sigue
siendo delito no dejarlas
ahogarse.
Mejor ignorar el ánima de un
subsahariano que por las noches
me visita y me señala como
culpable.
Acompáñame al paraíso allá
donde un faro alumbra el

camino y a la vista no hay
náufragos.

Como una nota de suicidio,
me susurran los árboles que
encienda la mecha y acabe
con todo.
Solo el sonido estridente de
los motores puede hacer que
enmudezcan.
El agua reproduce las palabras
sabias de nuestros antepasados.
En el abismo no hay cobertura
ni datos.
Solo los dibujos abstractos
consiguen descifrar la locura de
mi mirada.
Son como la rama desnuda de
un árbol cuando pide a gritos
un poco de agua.
Como el ladrido de un galgo que
aparece colgado.
El idioma es extraño, pero
habla de la resina que
permanece en las heridas que
no se han cerrado.
Como un polluelo que al caer de
su nido se rompe las alas.

Como la cola de una lagartija
que aún se mueve después de
que la han cercenado.

Como un disparo que le rompe
los pulmones a Bambi.

Como el nervio óptico que
atrapa la imagen de un toro
que se humilla con una espada
clavada.

Como un proceso febril donde
los pulmones permanecen
estrangulados.

Como la química de una droga
en la sangre cuando suena una
máquina.

Como el horror de una ciudad
bombardeada que sirve de musa
en un cuadro.

Como un niño que aparece
ahogado en la playa, cuando
sus padres deciden que la única
forma de continuar con vida es
un viaje.

Ahora es una enredadera la
que te impide salir mientras los
zarzales te arañan.

Solo si alcanzamos la calma
lograremos entender las
señales.

Solo cicatrizarán las rasgaduras
cuando la resina sea ámbar.

Solo volveremos a dormir
cuando abandonemos las
voces atormentadas.
La vida es más fácil cuando
enmudecen las bombas y suena
una nana.
Después de tres segundos y
medio
el violín era un
lamento que dolía en el aire.

Hay una sábana gris para
una mácula de aceite en
la transparencia del agua
potable.
Una sábana amarilla para las
desaparecidas ejecutadas.
Una violeta para las mujeres
invisibles que permanecen
amortajadas.
Una sábana roja para los niños
soldado que han perdido a
tiros su inocencia al matar a su
padre.
Azul para las que permanecen
ocultas y son castigadas por
mostrar sus labios.
Verde para las que no tienen
voz como un bosque sin
pájaros.

Marrón para las hermanas
Mapuches asesinadas.

Negra para guardar un minuto
de silencio por las migrantes
que no consiguieron atravesar
el Mediterráneo.

Una sábana color arcoíris para
todes les brujes que quemaron
por salir del armario.

Y una sábana blanca color
esperanza para las mujeres
que con sus pies desnudos
se atreven a pisar el asfalto a
pesar de haber sido ultrajadas.

Un hombre mayor aún puede
tensar la cuerda de un
instrumento.

Puede detener la batalla si ha
aprendido a tocar la corneta.

Siempre hierra el disparo si la
duda lo asalta.

Una persona mayor nunca
duda; abre las dos puertas.

Se levanta y comienza a andar
hasta que otra vez se tropieza.

En un cruce de caminos,
siempre toma la dirección
apropiada.

No hay un nudo que lo disuada
de continuar deshaciendo el
enredo.

Aunque conozca la dificultad
del sendero, nunca toma un
atajo.

Por mucho que lo alejen las
circunstancias sabe que regresará
al lugar de partida.

Ya sabe escribir la ruta en la
hoja en blanco de su destino.

Ha aprendido a pintar de blanco
las paredes oscuras.

Está cansado de limpiar las
huellas que dejó en el camino.

A estas alturas sabe el peso del
fardo que soporta su espalda.

Solo exige a sus pies el ritmo
correcto.

Ha aprendido a esperar que sople
el aire antes de volar la cometa.

Sabe que solo podrá continuar
erguido si ha elegido un buen
contrapeso.

Planta una semilla en el desierto
aun a sabiendas de que no va
a ver el fruto de ese brote en la
tierra.

Y ha aceptado el polvo como
sinónimo de acabar la partida.

El día que las farolas cegaron el cielo, dejaron de arder las perseidas.
Sucedió cuando, entre los gases lacrimógenos, algunas trataron de ver estrellas fugaces en el cielo.
Las lunáticas abandonaron la locura y comenzaron a adorar la luz de los escaparates y los fluorescentes en un túnel de metro.
Mucho antes los hombres trazaron en los mapas líneas rectas y se olvidaron de los ríos, las montañas y los cementerios.
Los colores hacían tanto daño como un puzle incompleto al

que le falta una pieza.
Como una mariposa con las alas en llamas que propaga el incendio.
Para entonces las navegantes se guiaban en el mar por la voz de un GPS.
Por eso cuando los datos no eran gratis, naufragaba en el Mediterráneo otra patera.
No había descanso para las activistas que trataban de salvar a las indígenas de la tristeza en las ciudades enfermas.
Comenzó a haber ensalada de tuercas y grasa sintética sobre las que no obedecían la voz de los ególatras por un sueldo.
Tras el desahucio comenzaron a dormir a la intemperie y comenzaron a vislumbrar que no brillaban las estrellas.
Nadie quería escuchar la voz de las sin techo que ya no tenían miedo.
Como un convento que castigaba a las adolescentes que osaban disfrutar de su sexo.
Maldecían a las manifestantes que no aceptaron las reglas de

los usureros.
Dicen que para entonces los antidisturbios recibieron la orden de romper espejos.
Por eso durante las lágrimas de San Lorenzo nadie volvió a osar pedir un deseo.

Sucedió cuando acariciamos los golpes sin anestesia y comenzamos a vislumbrar el vértigo.
Comenzamos a masticar la carne y, mientras nos relamíamos, nos negaron los huesos.
Comenzamos a percibir que el paracaídas no se iba a abrir antes de llegar al suelo.
Para entonces, la ausencia de unas alas había dejado de ser un problema e ignorábamos las batallas perdidas por ajenas.
Preferíamos los cuentos de princesas y príncipes al hambre de nuestras antepasadas.
A pesar del naufragio, evitábamos el ruido de las

lanchas de salvamento.
En un muro, el esperma
resultaba más cálido que en
un lienzo un beso de fresa.
La vocera comenzó a decir
que era necesario dejar arder
la selva.
El arraigo de las cenizas
de un anciano no consiguió
doblegar la entereza del
usurero, que ya no podía
dejar de contar billetes de
quinientos.
Los mensajes eran tan
confusos como ver a un árbol
cobrar vida enchufado a una
red eléctrica.
Los alcohólicos juntaban sus
lenguas de licor cuando aún
nadie había explorado la
profundidad de los océanos.
Se acentuó la sordera cuando
comenzó a sonar un réquiem
a la madre tierra.
Al ritmo de la música
permanecimos atadas a los
pasos de baile.
Ajenas a las mariposas,
navegábamos los rápidos
sin conocer el dolor de la
caída contra el golpear de las
piedras.
Por eso, a pesar de los

anticonceptivos, los seres extraños comenzaron como una tara a andar entre nosotras.

Sucedió cuando decidieron dejar agonizar a los ancianos y el número 7291 perdió su significado.
No hubo combustible para incinerar tanto cadáver y los crematorios no dieron abasto.
Se sucedieron los entierros y cuando sonaron a réquiem las campanas; las plañideras se hacían padrastros en los dedos, encerradas en casa.
Entonces es cuando acudieron al olor de la putrefacción las urracas y comenzaron a arder otra vez los árboles que se veían desde tu ventana.
No hubo vacuna que salvara a la corteza terrestre de la actividad de los seres humanos.
La lluvia comenzó a escupirnos las cenizas de los informes que habían quemado donde nos advertían del

cambio climático.
Por eso, los ríos penetraron en nuestras casas y arrastraron nuestros vehículos al barro.
Las olas rompían sobre el paseo marítimo, mientras las gaviotas se alimentaban de los peces atrapados en el asfalto.
El olor nauseabundo de las algas atrajo a las moscas y los veraneantes no volvieron a tomar el sol sin acabar desquiciados.
A los agricultores solo les interesaba calcular sus pérdidas económicas y a ninguno le importó ver estéril la tierra de sus ancestros.
Todo eso ocurrió antes de que volviesen a abrir los bares, los centros de ocio y los gimnasios.
Lo malo de los gusanos es que, aunque los elimines, dejan sus larvas y, con la libertad, enferman poco a poco las células sanas.
La actividad antropogénica era un virus que se tenía que erradicar para proteger a la corteza terrestre.

Sucedió cuando la lluvia
despejó el tizne gris que
oscurecía la ciudad de los
enfermos.
Las estrellas y la luna
comenzaron a maldecir las
luces de neón que daban lugar
al proxeneta.
Dijera lo que dijera la
cámara, distorsionaba la
imagen de las personas
enfebrecidas.
Los camellos trapicheaban
con antibióticos sin tener en
cuenta la masa muscular de
los supervivientes.
Terminó el espectáculo y en
la plaza de toros el verdugo
con el traje de luces manchado
de sangre dejó de escuchar el
aplauso.
Dada la corrosión de los
metales las medallas dejaron
de lucir en el pecho de los
torturadores.
Comenzó a ser inspirador un
cielo sin tendidos eléctricos,
una tapia sin impactos de
bala y una tortuga en el agua

libre de redes.
El plástico comenzó a acelerar
el genocidio de las sirenas.
Lo más parecido a la
naturaleza era una plantación
de hojas de coca en la selva.
Es lo que tenía comprar
acciones sin detenerse a
pensar quién provocaba el
incendio.
Solo sobrevivió una nueva
especie, que no resolvía
ecuaciones matemáticas,
pero conocía la reacción del
oxígeno en contacto con el
hierro.

Segunda parte
Sucedió

Sucedió cuando la computadora comenzó a aplaudir
el hambre de los pueblos y la sangre programada.
Los árboles sin frutos parecían ataúdes olvidados
donde descansaban los rostros sin sus rasgos.
Las alas amputadas de las aves sobrevolaban las
líneas divergentes sin un ángulo y rememoraban el
vómito sin alma.
La ofrenda del disparo a bocajarro trajo consigo
restos óseos en el anonimato y víctimas estranguladas
por un escapulario.
Regresó el rito para leernos las entrañas, mientras los
niños no encontraban a sus padres en el orfanato.
El amor terminaba en una náusea tan dolorosa como
el parto.
Las torres eléctricas proporcionaban refugio a los
crucificados.
Las torres gemelas rememoraban el asalto por
venganza a países insurrectos que escondían
terroristas adiestrados por la mafia.
Las nubes vigilaban el movimiento de los astros,
mientras la luna mostraba su peor cara.
Los lunáticos, después de masturbarse, hicieron de
sus remordimientos una lápida.

Las amapolas se marchitaban en un campo de cadáveres, mientras un dedo señalaba a qué rosa había que ejecutar en una tapia.

Sucedió cuando el violinista entonó un réquiem por encargo de las que permanecían en la cuneta enterradas.
Tras la bala, los verdugos traicionaron sus principios a cambio de vivir rodeados de fantasmas.
Despertaban con el grito de una madre que tenía el cuerpo inerte de su hijo entre sus brazos.
¡De rodillas! Les gritaban, mientras les ofrecían el bautismo para lavar sus pecados.
Algunas prefirieron el patíbulo a pedir perdón y doblegarse.
Otras se lanzaron al vacío y aún resuena el sonido de su cráneo al chocar contra el suelo en el patio de una cárcel.
Los soldados terminaban extenuados de tanto asesinar en la batalla.
La lechuza anunciaba campanadas a la muerte y los niños no dejaban conciliar el sueño a Herodes.
Perdieron la inocencia en manos de un ser abominable con un crucifijo bajo la sotana.
Mientras la bestia los ultrajaba, las monjas con el voto de silencio hicieron oídos sordos a sus plegarias.
Desde entonces, la presencia de un payaso, lejos de sonrisas, provocaba un infarto.

Los perros vagabundos se habían acostumbrado a comer carne humana.
Las raíces agonizaban sin una gota de agua.
El asesino soñaba con pasar a la historia por matar a Bambi.
Cada vez que se avistaba un príncipe azul, aparecía el vestido de una princesa mancillado.
El héroe siempre nos salvaba del tirano, mientras la heroína regresaba con ponzoña a visitarnos, en un cuento de castillos y labriegos que pasaban hambre.
En el polígono industrial, las prostitutas realizaban aquelarres después de mantener, entre arcadas, relaciones sexuales.
Tras el contagio, sus clientes vaciaban entre espasmos los intestinos por el ano, mientras los proxenetas perdían su dentadura tras la trata.
El olor a carne putrefacta se hizo insoportable en la alambrada.
Nadie quería saber el nombre de una inmigrante que apareció ahogada en una playa.
Los mendigos se asfixiaban con su bilis tras beberse un cartón de vino, como si hubiesen encontrado en el desierto un oasis.
A pesar de la ruina, la dopamina en el cerebro obligaba a esperar el resultado antes de cortarse las venas con un naipe.
Otra Coca Cola y otra bolsa de patatas fritas mortificaron al obeso antes de que reventase.
Los obreros ya habían perdido en una máquina sus huellas dactilares antes de caer de un andamio sin anclajes.
A pesar de las multas y los golpes, los piquetes seguían manifestándose hasta caer en el olvido en

una celda sin ventanas.
La silicona estallaba en el pecho de las influencers hasta asfixiarlas, y al ídolo anoréxico solo podía salvarle una transfusión de sangre.
Les transexuales volvían a mutilarse en una clínica clandestina donde abundaban las cucarachas.
Los gays y las lesbianas volvieron a encerrarse en el armario hartas de que las tratasen como enfermas que podían transmitir la rabia.
Tras morder la manzana envenenada, Caín mató a su hermano.
Mientras tanto, la tierra prometida expulsaba a los pueblos originarios.
La computadora solo programaba torres gemelas en países insurrectos que trataban de nacionalizar sus recursos naturales.
Las guerras parecían un videojuego y se realizaban crowfundings para financiar las armas que mataban.
Los niños soñaban con alistarse cuando ya no quedaba un enemigo nuevo que matar en la pantalla.
Los misiles hicieron olvidar, a los que aún miraban el cielo, que había estrellas fugaces.
A pesar de los daños, la sequía se olvidaba cuando, una vez al año, los ríos se desbordaban de su cauce.
Dejaron de existir los pueblos indígenas y los colonizadores seguían chasqueando el látigo sobre la espalda del esclavo.

No hubo gloria después de la batalla; la carcoma consumió los ataúdes y los cadáveres quedaron expuestos para vergüenza de los que sobrevivieron.
En los cementerios tañeron las oraciones de las plañideras, que entregaron a sus hijas al silencio de los conventos y a la lascivia de los sacerdotes.
Los soldados arrebataron a las adolescentes su inocencia en nombre de la razón que da una patria.
Los exiliados políticos cruzaron la alambrada, mientras los mendigos esperaron a que los sepultasen con el vino los escombros de una guerra.
No hubo religión que redimiese tanto asesinato, por eso el origen de las sectas.
El verdugo no desdeñaba el tiro de gracia en una tapia, aunque prefirió la tecnología de una silla eléctrica.
El asesino se masturbaba al escuchar el último aliento de los ahorcados, porque dicen que, a los ahorcados, no les hace falta la viagra.
La carne era más sabrosa si se arrancaba del vientre de una madre.
Entre las ruinas de los edificios ondeó una bandera que dio la razón al último disparo.

Sucedió cuando el sistema excluyó a los enfermos de hepatitis y un cáncer dejaba a una familia arruinada.
Las ratas merodeaban a su antojo y la peste dejó los hogares llenos de cadáveres.

La iglesia, lejos de aplicar una sangría sobre las bubas de los enfermos, volvió a elegir sangrar las arcas del estado.
El pan y la leche alcanzaron precios desorbitados, mientras algunos prosperaban con el hambre.
Para su desgracia, se eliminaron las cuentas bancarias cuando la inteligencia artificial trató de asumir el mando.
Entonces, sonaron todas las alarmas y comenzaron a sucederse las explosiones nucleares.
Ocurrió todo muy rápido; fue cuando el óxido se comió la ferralla desde los cimientos hasta los tejados.
Se descompuso el plástico de las tuberías de agua potable, las alcantarillas no daban abasto y los excrementos permanecían sin limpiar en la calle.
Nadie podía soportar inhalar los efluvios de las aguas estancadas y los restos putrefactos.
Algunos optaron, después de vomitar los intestinos, por estrangularse con sus propias manos.

Sucedió cuando comenzaron a fumigar a los insectos que molestaban a los viandantes.
Nadie dijo nada cuando dejaron de brotar las hojas de las ramas de los árboles.
Una tras otra, la savia de las flores comenzó con el calor a emponzoñarse.
La tierra comenzó a resquebrajarse y a mostrar sus

heridas sin una gota de agua.
Las raíces buscaban en las entrañas de la tierra saciar su sed en vano.
La corteza terrestre comenzó a arder como una pira funeraria.
Lo mismo pasó en el océano con los bancos de peces, hasta que un día las redes de los pescadores solo recogían plástico.
Entonces dejó de llover y los grandes ríos se convirtieron en un charco de aguas fecales.
Al principio era un negocio el reciclaje hasta que cayó en manos de las multinacionales.
Fue cuando el chapapote… Ah, no, eso fue antes.
Tampoco nos dimos cuenta de los satélites que inútilmente vagaban en contra de la gravedad, hasta que poco a poco llenamos el cielo de chatarra.
Entonces comenzamos a salir a la calle con un casco.
Algunos intentaron que los carneros no manipulasen a las ovejas, pero entonces los mastines volvieron a restablecer el orden con sus dentelladas.
Los árboles desnudos asemejaban esqueletos a la espera de que el aire los quebrase.
Como un ejército de vagabundos, entre harapos y huesos, las personas caminaban hacia sus ataúdes en el cementerio.
Tras la pandemia, los cadáveres de los mendigos quedaron expuestos, como un bocado exquisito, a merced de los gatos abandonados.
Montones de huesos se abrazaban y pedían a gritos la eutanasia.
Los verdugos eran valorados según el instrumento con el que te quitaban la vida.
Los sepultureros, entre sudores, se despertaban con

el aullido de una madre.
Hasta los buitres, para no regurgitar el alimento, evitaban el olor de la carne fermentada.
Dice la leyenda que hay individuos que aún viven.
Dicen que hay niños ciegos que juegan con las sepulturas.
Mujeres desfiguradas que rompen espejos.
Adultos con la cuenca de los ojos vacía que en el silencio piden ayuda.
Ancianos que aún conservan sus dientes, aunque sea podridos.
Dicen que una sonrisa es una mueca imposible después de enterrar a un hijo.
Dicen que hay seres oscuros que no soportarían un brote de hierba.
Algunos se conformaron con roer un hueso, mientras sus cuerdas vocales acababan incineradas por los gases nocivos.
Dejaron de escucharse voces en el patio del colegio, mientras las madres eliminaban el fruto de su vientre por el temor que les inspiraba la mutación de sus engendros.
Dicen que aún se pueden ver seres humanos con el rostro desfigurado que respiran tras una máscara.
El sonido de una palabra pasó a ser un bien tan escaso que llegó a conmover hasta a los homicidas.
Algunas comenzaron a esconder sus ideas, por miedo a la lobotomía a la que se veían abocadas las personas cuerdas, que preferían abrazar la locura.
Las pacifistas gritaron “Nevermore” hasta que el gas lacrimógeno irritó sus pulmones y quemó su garganta.
“Never mind”, chillaban las que se quedaron a la

espera de la extinción de los insectos en las praderas fumigadas con veneno.
Algunos seres que mutaron competían por sus despojos con los buitres y las hienas.
Solo los seres extraños que mutaron fueron capaces de soportar el cambio repentino del sentido de los astros.
Solo a los seres extraños no les hervía con el calor la sangre; por eso la especie elegida comenzó a odiarles.
La visión de los espejos causaba la repulsa de los verdugos de Auschwitz, pero para entonces nadie quería reconocer a las víctimas.

Sucedió cuando en los laboratorios comenzaron a elaborar carne para consumo humano.
Entonces, las células comenzaron a conocer el cáncer y cada órgano sano trataba de salir ileso disociándose.
Fue cuando las drogas conspiraron contra el sistema nervioso y no hubo fármaco capaz de volver a hacer que escuchásemos un piano.
Aconteció cuando un aire ensordecedor no nos permitió escuchar a los científicos que auguraban un calor torturador que acabaría por abrasarnos.
Los que no lograron refugiarse comenzaron a gritar cuando comenzó a derretirse la grasa acumulada.
El dolor era tan intenso que algunos, antes de desmayarse, apretaban los dientes con tanta fuerza

que estos reventaban.
Las relaciones sexuales eran tan tortuosas que hasta los masoquistas comenzaron a evitarlas.
Los oídos sangraban al escuchar la angustia de las plañideras y la congoja de las madres.
Las fosas nasales se cerraban, por el asco, cuando comenzó a arder el sebo de los obesos y los órganos comenzaron a descomponerse.
Dicen que los difuntos regresaban con los dientes afilados en busca de venganza.

Por eso se extinguieron; porque prefirieron el olor de los ambientadores al olor de la lavanda.
La música electrónica al canto de los pájaros.
Un graffiti en una sala de arte a una puesta de sol en una playa.
El sabor del glutamato al de un plato de garbanzos.
Las fibras sintéticas al algodón y la lana.
Los videos porno a un beso en los labios.
Los seres humanos se olvidaron de hacer el amor y terminaron con los pantalones bajados delante de una pantalla.
Las mujeres anoréxicas comenzaron a moldear su cuerpo con el plástico.
Los hombres odiaron su naturaleza y la borraban de su cuerpo con sesiones láser.
Los niños preferían los centros comerciales a los parques.

Los adolescentes no soñaban, pues todo estaba en una nube, al alcance de la mano.
Los adultos prefirieron no ver la realidad y anularon sus cinco sentidos a base de fármacos.
Prefirieron los antibióticos al sabor de una naranja.
Los antidepresivos a confesarle a tu vecino dónde andas.

Ocurrió cuando se edificaron ciudades infernales, que aborrecían nuestros pulmones y reventaban nuestros tímpanos.
Solo los elegidos consiguieron eliminar de sus oídos los sonidos estridentes de las bocinas de los coches y el runrún de los motores.
Los fumadores compulsivos consumían nicotina y apestaban a tabaco.
Los tubos de escape de los automóviles dejaban sin oxígeno nuestros pulmones y en nuestro tórax evolucionaba el asma.
Los toxicómanos consumían sobredosis de heroína mientras el sida y la hepatitis se normalizaban.
Adictos al azúcar consumían obesidad con gula y odiaban inyectarse la insulina.
En busca de la juventud eterna, algunos se sometían a operaciones para reducir su estómago o para estirarse la piel en una clínica de estética.
La carne putrefacta enfermaba nuestras células con cáncer.

La grasa obstruía nuestras arterias y el corazón latía
al ritmo que marcaba un marcapasos.
Uno tras otro, los dientes se caían a causa de las
pastillas que nos recetaban, y las muelas acababan
agujereadas por las caries.

Demasiado tarde se comenzaron a considerar como
un delito los vertidos de petróleo en el océano.
El plástico comenzó a ser un problema que
resolvieron los consumidores cuando boicotearon a
los fabricantes.
Por desgracia, no se pudo devolver la vida a las abejas
y las flores terminaban marchitándose.
Nadie dijo nada de las golondrinas, los gorriones ni
de los jilgueros, hasta que dejaron de escucharlos.
Nadie dijo nada de los peces, que fallecían en
las peceras, ni de los bancos de sardinas que se
extinguieron en el océano.
Nadie dijo nada de los baobabs hasta que África se
convirtió de norte a sur en un desierto.
No quedó una sola tribu sin civilizar condenada a
comer mugre en el extrarradio de cualquier ciudad.
Nadie dijo nada cuando algunos sin escrúpulos se
erigieron en jueces y verdugos tras la guerra.
Nadie dijo nada del napalm en la selva, como si los
Viet Cong y los Marines hubiesen sido los únicos
seres vivos que padecieron los horrores de las
bombas.

Nadie dijo nada de las armas nucleares, hasta que se normalizaron y no quedó un solo ser vivo en el planeta.
Nadie aceptó la crucifixión como un acto de rebeldía, por eso no encontraron un mártir acorde con las circunstancias.
En los sacrificios, las víctimas eran siempre inocentes arrancados de los brazos de una madre, entregados a los mordiscos de las hienas.
Los que sobrevivieron caminaron deformes, perseguidos por los buitres que sobrevolaban al acecho.
Solo la coprofagia garantizaba la supervivencia.
Algunos comenzaron a chutarse en la vena herbicida para olvidar el hambre.
Los primeros seres extraños nacieron entre la sangre envenenada y las vísceras enfermas.
Los seres extraños al nacer comenzaban a alimentarse de las entrañas de sus madres muertas.
Los depredadores respetaban la vida de los seres extraños, a pesar de que ya no quedaba un ser humano sano con que saciar el apetito.
Las pantallas digitales sacaron nuestros ojos de las órbitas.
Las personas caminaban con la mirada perdida en el teléfono móvil, sin darse cuenta de que a su alrededor el humo de los bosques que ardían los asfixiaba.
El orador de la mezquita perdió la voz cuando inhaló la onda radiactiva.
Los sacerdotes abandonaron a su suerte a sus feligreses, y comenzaron a rezar para lograr la salvación divina.
Las parejas comenzaron a reproducirse, sin orgasmo,

con la responsabilidad de perpetuar la especie, sobre el cadáver de sus hijos.
Las ondas del satélite comenzaron a emitir el horror de los árboles hechos cenizas y de las alas calcinadas de los pájaros.
Solo el holocausto de los edificios pudo salvar a las aves de estrellar su cerebro contra sus cristales.
Algunos trataron de proteger a los niños del fracaso de los adultos, adictos a las píldoras.
Cobró vida el alambre oxidado en la linde del camino cuando ya no había vacunas para el tétanos.
Los últimos homo sapiens dejaron de tatuarse y comenzaron a mostrar sus cicatrices como un símbolo.
Algunos comenzaron a afilarse los dientes, se mutilaban un miembro o se dislocaban los huesos.
Los artistas comenzaron a pintar con su propia sangre mensajes de dolor en las paredes.
Mientras tanto, los lunáticos dejaban con esperma en la tapia de la iglesia mensajes obscenos.
Algunos sobrevivieron aislados hasta que agotaron las latas de conservas.
Un niño los condujo a la habitación de los horrores, allí donde el incesto traía al ADN decadencia.
Los depredadores sexuales protegían a sus hijas de la lascivia de sus vecinos.
El mar devolvía la carne de los cadáveres consumidos por los peces a las playas totalmente desiertas.
El cielo era una gran pira funeraria que abrasaba hasta el último brote de hierba.
Solo algunos seres con la piel calcinada, a pesar de sus dolencias, continuaron con una vida de infierno.
El cadáver de los árboles servía de cobijo a las

serpientes con veneno.
En las cloacas, los roedores no soportaban el calor del agua hirviendo.
Las personas maldecían a sus ancestros, mientras se lanzaban al vacío como única salida a los dolores de sus quemaduras.
Desaparecida el agua, la sal de los océanos cegaba a los vivos que vagaban sin rumbo a la espera de la muerte.
A veces, entre los gases nocivos, se podía ver un astro que aportaba luz y otros días comenzaba a caer con rencor agua corrosiva.
La vida se abrió paso, y los seres extraños comenzaron a surgir entre los alaridos y el olor a carne incinerada.
Los que se ocultaron en las entrañas de la tierra no pudieron soportar la radioactividad, ni el arsénico en el aire.
Algunos se abrazaron con tal fuerza que se quebraron la columna vertebral y las costillas.
El exceso de grasa, igual que los transgénicos, modificó a partir de sus raíces la estructura de los árboles.
Por eso, comenzó a crecerles pelo en las ramas y, en el tronco, escamas de pescado.
El minimalismo cobró vida en los soportales de los edificios abandonados, y quedó al descubierto el óxido de la ferralla en sus cimientos.
Entre los restos de la carne, a veces había gusanos ciegos, que seguían el olor de los procesos febriles, y nos ayudaban en la búsqueda de cadáveres.
Era habitual compartir una fosa común o arder en una misma hoguera.

Los verdugos envidiaban la mortalidad de las bacterias, mientras la lluvia ácida corroía la epidermis.
El sol quemaba la piel de los que no se conformaban con la luz artificial de los garajes.
"Borrar todo" apareció en la pantalla, y no quedaron acciones, ni escrituras, ni números de cuentas; la inteligencia artificial borró todos los ficheros.
Entonces comenzaron a salvar a los inversores de los bancos, mientras las personas eran abandonadas a su suerte.
A pesar de todo, después del holocausto no quedó un solo documento que corroborase de quién eran los escombros, ni los restos del paisaje.
Bajo las ruinas, los gusanos competían por los difuntos.
Los seres extraños colonizaron el planeta, con el temor de un turista que no conoce las costumbres ni el idioma de los lugareños.
Los hijos de la lejía y el amoniaco, los hijos del holocausto nuclear y del biodiésel, que mutaron con la radiactividad de los transgénicos.
Los últimos humanos agonizaban de sed al lado de un pozo de petróleo.
Los primeros seres extraños esperaban impacientes su último suspiro para alimentarse de sus huesos.
Los edificios sin vida albergaban en sus paredes semillas que brotaban de una manera ilógica en las grietas.
Eso asustaba a los seres extraños que no toleraban el oxígeno en el aire.
A veces, algún ave se posaba al calor de las hogueras.
Los seres extraños las idolatraban como a seres

sobrenaturales que deberían estar extintos, pero sobrevivieron.
Sucedió cuando, adictos a la nicotina, los peces consumían colillas de cigarro.
Las aves comenzaron a construir sus nidos a base de filtros de tabaco.
Los seres humanos comenzaron a mutar, a base de cafeína, nicotina, cocaína y la heroína de su cuento.
Entonces comenzaron a comprender que los árboles tenían vida, pero para entonces no quedaba un solo pez en el océano.
Arrancaban de las ubres de sus madres a los corderos de leche y a los cochinillos para asarlos.
Los pollos eran tratados como un producto inerte, que se fabricaba en serie en una cadena y llegaba a los supermercados a un módico precio.
Por eso, los seres humanos dejaron de verlos como a seres vivos, y acababan en los contenedores de basura, sin causar remordimientos.
Con las células madre ya no fueron necesarias las otras especies, y la carne se comenzó a cultivar en los laboratorios.
Solo se respetaba a las mascotas con pedigrí y a algunos animales destinados a la caza.
Otros seres humanos pasaban necesidades al otro lado del mar, y ni siquiera se empatizaba con su hambre.
La policía comenzó a golpear a los adolescentes que exigían el cese inmediato de contaminantes en la atmósfera.
Los ojos de un ciervo se cegaron cuando comenzaron a arder sus astas, mientras las personas aplaudían cuando el toro embolado perdía el equilibrio.

Los psicópatas en su niñez quemaban insectos, y ahora practicaban la pirotecnia con la cornamenta de las cabras.
Eso pasó antes de que las bombas de napalm incendiaran la selva.
Por eso, los seres extraños no han aprendido a hacer fuego, y por eso ahora los toros pastan tranquilos por las dehesas.

Ocurrió cuando el don de la belleza abandonó las matemáticas.
La visión de las pupilas mostraba mordeduras de hormigas en el hígado y el páncreas, mientras se dislocaba la mandíbula al chocar contra el asfalto.
El pelo se caía al ignorar la savia de las hojas de los árboles.
Solo los mordiscos en el estómago producían arcadas a los escarabajos.
Fue cuando los seres extraños comenzaron a inhalar el anhídrido carbónico del humo de las fábricas.
La voz de los profetas solo hablaba de la extinción masiva, y el nivel de los océanos ignoraba los estigmas en la lengua de los sabios.
Solo los sacerdotes se referían a los paraísos olvidados que ahora habitaba la podredumbre del pecado.
Toneladas de petróleo comenzaron a hacerse visibles en el agua.
Un horizonte chapapote normalizó la opacidad del aire.

Los pulmones trataron de adaptarse, pero el nivel de oxígeno los estrangulaba.
El corazón trató de latir desesperado, pero la EPOC envenenaba, una y otra vez, las transfusiones de sangre.
Los transgénicos modificaron la genética de un ecosistema que artificialmente comenzó a matarnos.
El sabor de los antibióticos comenzó a ser agradable y nadie volvió a ver un tomate con vida fuera de los laboratorios.
Nuevas alergias advertían a las personas que la carne estaba corrompida porque, en los vegetales, ya no había sales minerales.
Las dosis de cloro en el agua quemaban la garganta del individuo más sano.
Comenzaron a cerrar los ojos cuando el número de cadáveres de insectos no nos dejaba ver el suelo que pisábamos.
Éramos la especie elegida, aquella que era capaz de tapar un agujero de ozono o convivir con armamento nuclear sin suicidarse.
Algunos trataron de abandonar la corteza terrestre en naves que terminaron vagando sin rumbo como ataúdes olvidados en el espacio.

Sucedió cuando los seres extraños dibujaban en los túneles del metro escenas necrófagas y rituales paganos con las vísceras de los homo sapiens.

Fue después de la extinción masiva, cuando los seres humanos bajaron a las profundidades para protegerse de las altas temperaturas.
Los seres extraños eludían su contacto, por miedo a su agresividad, y esperaban pacientes su último aliento.
A veces un grupo de humanos reparaba en su presencia y asesinaba a uno o dos seres extraños.
Los seres humanos desesperados se comían su carne con asco.
Así que los seres extraños dejaron de buscar en los túneles del metro sus cadáveres.
Estos se extinguían, a merced de las cucarachas y las moscas, mientras las ratas propagaban en los subterráneos las enfermedades.
A falta de humanos, los parásitos comenzaron a alimentarse de los seres extraños, a pesar de que el mejor insecticida siempre era su propia sangre.

Los seres humanos quemaron con el humo del tabaco su garganta.
La amígdala de su cerebro solo respondía a las ondas de sus teléfonos móviles.
Por eso comenzaron a caminar solos, con una herencia de sudor agrio en las axilas.
No tuvo que ver nada la capucha con la máscara.
Tampoco que tatuasen los rasgos de su rostro, ni que se perforasen.

Las lentillas de colores ocultaron su mirada.
Y un corte en la ceja los convertía en hombres malos.
Eso fue antes de confundir los círculos con los triángulos.
Antes de que el gris se hiciese dueño de la pantalla.
Antes de que su piel atópica los desfigurara.
Por eso, comenzaron las alergias a la lejía y la lavanda.
A los agnósticos comenzaron a señalarles como irracionales.
Por eso, comenzaron a mirarlos con horror, cada vez que estornudaban.
Una y otra vez, caían cuesta abajo, mientras no eludían el baile.
Algunos quedaron atrapados en las redes sociales.
Los que lograban levantarse prometían cesar la danza.
Una y otra vez, repetían los mismos pasos, hasta hacerlos insignificantes.
Hasta que normalizaban la coacción de la alambrada.
Ya no brotaban de su boca flores, sino asesinatos.
Eso fue cuando el veneno del aguijón de las abejas fue un motivo para exterminarlas.
Entonces cambió su visión y aceptaron la mordaza.
Fue cuando los soldados dejaron de disparar y consintieron ser humanos en el telediario.
A pesar de las enfermedades sexuales, las mujeres seguían siendo un botín tras la batalla.
Se desfiguraba la noticia, como el reflejo del agua, cuando dejó de estar en calma.
Comenzaron a respirar despacio, pero ya era demasiado tarde.
Pasaban los años en un solo fotograma, donde

con los ojos aún cerrados, no tenían miedo a caer hipnotizados.
Solo al abrirlos, se vieron rodeados de ladrillos y de plástico.
A pesar de que la pupila de sus ojos no conocía la apatía que se abate sobre las personas vulnerables.
Algunos seguían dándoles la espalda, pero cada vez más personas juntas comenzaron a organizarse.
Las personas comenzaron a mirar con indiferencia las distancias.
No sé qué hostias hablas de razas o nacionalidades.
Los hombres comenzaron a guardar silencio cuando sus compañeras hablaban.
El sonido de un fonema, sincronizado con un gesto, pudo demoler el odio irracional de las sustancias malas.
La raíz era importante, pero un injerto pudo matar el hambre.
Entonces dejaron de apartarse y se dieron un abrazo.
El beso no podía ser un pecado y la fruta madura siempre se masticaba.
No volvieron a cerrar sus párpados, al sentir como la piel se estremecía a su contacto.
El deseo dejó de oponerse a los prejuicios que llevaban como una carga.
Como el sonido de una orquesta, alcanzaban el orgasmo.
Nadie preguntó su género cuando comenzaron a gustarse.
A pesar del humo, nadie pudo detener el aire, que no estaba contaminado.
Una y otra vez, se dibujaba en los pulmones corrompidos una pincelada limpia como el Alba.

Como un arco iris que, después de la tormenta,
regresa a visitarnos.

Sucedió cuando los seres humanos comenzaron
a comer la carne que producían los mataderos
industriales, y comenzaron a trasmutar la genética de
las plantas.
Los avances tecnológicos comenzaron a ignorar el
hambre, y sobrevivieron con el ocio.
Algunos pretendían aislarse del resto, en lugares
donde el aire aún era limpio, y el agua era potable.
Mientras, en los suburbios se respiraba el anhídrido
carbónico de los crematorios y las aguas asemejaban
el río Ganges.
Entonces, fue cuando comenzaron las explosiones
nucleares, y por error se borraron todos los datos.
Comenzó el caos cuando dejó de ser legítima la
propiedad privada.
Lástima que ocurriese demasiado tarde, cuando la
podredumbre ya se había adueñado de todos los
rincones habitados.
Algunos se las prometían felices en satélites que
orbitaban en el espacio, en busca de otro planeta
habitable.
Todo fue inútil cuando el sistema dejó de emitir y
eliminó todos los programas.
Solo perduró el recuerdo en el óxido de las
alambradas y en los escombros de los muros y las

tapias.
Solo perduró la belleza de un rostro anónimo pintado en un cuadro y los cristales de un espejo trizado, en el que no se volvió a mirar nadie.

Sucedió cuando se colapsó el sistema sanitario, y solo los que prometían la fertilidad de los espermatozoides cuando eyaculaban eran atendidos en los hospitales.
El resto quedó confinado en sus domicilios a la espera de que ocurriera un milagro, mientras adictos a la morfina esperaban otra dosis.
Se sucedían los fallecidos, mientras no dejaban de entrar y salir en silencio las ambulancias y los crematorios no daban abasto.
El humo de los muertos olía a fritanga y prometía a los pulmones cáncer.
Los sanitarios acababan enfermos, las limpiadoras orinaban en las camas y las cajeras rezaban en los supermercados.
Los más vulnerables, los ancianos, preferían el hambre a salir a la calle.
Mascarillas y guantes comenzaron a ser un objeto de deseo para los traficantes.
El papel higiénico comenzó a ser un artículo de lujo en cualquier cuarto de baño.
Las personas aplaudían a la policía, sin pensar que mañana podría desahuciarlos.

Mientras el ejército desfilaba en la calle con traje de gala, comenzaron a fallecer por falta de medios en su domicilio los ancianos.
Nadie podía visitar a los pacientes en los hospitales, y el personal sanitario comenzó a hacerse inmune al dolor de la familia de los infectados.
Con el encierro nadie se preguntaba por qué había gente en la calle, solo se la odiaba.
Las fuerzas del orden perseguían a los indocumentados, a los mendigos y a los viejos que se escapaban de los mataderos industriales.
Sonaba el Salve Regina, mientras otro ser humano se contagiaba.
Cundió el pánico, y la muchedumbre hincaba sus colmillos en los supermercados por un trozo de carne.
En el transporte público la gente a empujones guardaba la distancia.
Algunos ejercían de policías desde sus ventanas e insultaban mientras daban la voz de alarma a los que infringían las ordenanzas.
Los empresarios pensaban en su estatus económico y no consentían que los trabajadores se diesen de baja.
¡A mí no te acerques sin mascarilla ni guantes! gritaban con histeria los vencedores de la guerra civil, mientras señalaban una tapia donde ejecutarte.
Ya nadie se acordaba de los independentistas, pero agitaban sus banderas en la ventana con el beneplácito de los vecinos que los arropaban con su aplauso.
Y mientras sus vecinos escupían el odio que escuchaban sobre las personas que no tenían nada, los militantes trataban de salvar del hambre a las

personas vulnerables.
Los ciudadanos preferían salvar bancos y empresarios a la ayuda humanitaria.
Lo importante nunca fueron las personas, sino la curva de beneficios en la pizarra.
Los milicianos organizaban barricadas para poder salvar a las personas invisibles, de las que no quería hablar nadie.
Todo fue en vano, cuando decidieron sostener la economía con la venta de armas, sin pensar en qué pecho iba a impactar la bala.

Los edificios permanecían en pie tras el incendio y, con el calor, comenzó a derretirse el asfalto.
Las estructuras de metal comenzaron a retorcerse y no hubo cristal que no se trizara.
La ceniza no permitía que el sol evaporase el agua en las ciudades, y esta hervía en las tuberías, hasta que estallaban.
Los seres extraños eran el presagio de la hecatombe programada, y si los atrapaban, sufrían torturas y mutilaciones como castigo ante tanta desgracia.
Al fin y al cabo, no dejaban de ser mutaciones sin derechos humanos.
Uno tras otro, los mamíferos sucumbían y, si caían enfermos, eran sacrificados.
Los animales domésticos eran abandonados cuando, inyectados por la locura, enseñaban los dientes a sus

amos.
La natalidad era una adversidad para las madres que ahogaban a sus hijos en los retretes sin agua.
Los ancianos ardían incinerados sin una oración que perdonase sus pecados.
Las sepulturas de mármol eran profanadas por el morbo de los adolescentes que alcanzan sobre ellas el orgasmo.
Los fanáticos se impusieron por las armas y ahí comenzó el holocausto.
Los dolores se paliaban con morfina o con un disparo a quemarropa.
Una bala era un tesoro que, por un módico precio, acababa con los dolores que se hacían insoportables.
Los verdugos alcanzaron más prestigio que los cirujanos.
Las madres huían con sus hijos, con la desesperación de los inmigrantes que cruzan el Mediterráneo, hacia un lugar donde se pudiese respirar el aire.
Las calles parecían un campo después de una batalla, donde los coyotes y los buitres sonreían a la desgracia.
Los seres extraños comenzaron a diseccionar animales disecados para leerles las entrañas.
Dejaron de articular palabras y comenzaron a emitir monosílabos guturales.
Reprodujeron los sonidos que grababan en los reformatorios y en los orfanatos los niños olvidados.
Obedecieron, una y otra vez, las consignas que repetían los enfermos mentales.
Visitaban las residencias donde los ancianos atados a una silla fueron sacrificados.
En las comisarías escucharon los gritos de las

personas torturadas.
Comenzaron a traducir al braille los gritos y los llantos.
Los más sanos salivaban ciegos en busca de una gota de agua.
Desinfectaron las calles con biocidas, mientras pisaban los despojos de las vísceras de las personas infectadas.
La hiel de las palomas hurgaba en los jugos gástricos.
Las enredaderas penetraban por las arterias en busca de hidratación.
En las pupilas de los ojos se podía ver el movimiento de las larvas.
Las lágrimas se convertían en chapapote y la materia gris invadía los pulmones hasta estrangularlos.
Rostros desfigurados perseguían la perfección de las imágenes, hasta automutilarse.
Los alaridos de dolor sustituyeron al sonido de los pájaros.
Cuando los calmantes se agotaron, las personas comenzaron a soñar con la eutanasia.
La ponzoña comenzó a circular por las arterias hasta el asesinato.
Solo los enfermos mentales que alguna vez habían sido atados a una camilla lograron entender lo que pasaba.
Las aves rememoraban la noche de los cristales rotos y se inmolaban contra el vidrio desesperadas.
Las almorranas eran pústulas que olían como la descomposición de los cadáveres.
Solo a los seres extraños no les hervía con el calor la sangre.
Por eso comenzaron a odiarlos; porque intuían

que ocuparían su lugar en el infierno que habían elaborado.
Algunos sostenían la teoría de que los seres extraños eran un experimento que se escapó de los laboratorios.
Otros sostenían que evolucionaron cuando los procesos febriles anunciaban a las plañideras otra nueva noche de difuntos.
Las procesiones regresaron a las calles y las personas señalaron a los seres extraños como artífices de tanta enfermedad.
Los profetas comenzaron a anunciar un nuevo apocalipsis y los cuerpos de los seres extraños ardían como ofrenda para purificar los pecados.
Pero eso fue antes de que las fiebres empezaran a acabar con los seres humanos.
Con tanta abundancia de carroña, los seres extraños comenzaron a colonizar con rapidez el planeta.
Los seres extraños se regocijaban cuando veían volar un ave en el cielo o cuando se obraba el milagro y una flor brotaba.

Sucedió cuando los pulmones dejaron de tolerar el oxígeno, y el último hombre caminaba ante la mirada incrédula del apóstol que los había traicionado.
El hedor de la sangre coagulada en la concertina atrajo a las moscas que inoculaban la infección a través de los tajos en la carne.

Para entonces, larvas ciegas escarbaban en la cuenca de los ojos de los migrantes que lograban cruzarlas, dejándolas vacías para no ver el futuro que les esperaba.
Las heridas abiertas segregaban sustancias nocivas que olfateaban a distancia los cochinos carnívoros que vagaban entre el crepitar de los árboles en llamas.
No hubo piedad y en los intestinos de los supervivientes comenzó a anidar la podredumbre de la bollería industrial y el glutamato.
Nuevos esclavos soñaban con la libertad al otro lado de la valla, mientras los capataces chasqueaban el látigo a cambio de vivir en una chabola de plástico.
Comenzaron a arder las viviendas de los nadies del extrarradio, y los infectados se arrastraban ciegos, con la lengua en el asfalto, en busca de agua.
Las hienas salivaban tras olfatear la descomposición en las entrañas del obeso que no se saciaba y engullía con gula carne.
La deflagración de las células no dejaba inmune ni a los elegidos por ser guapos.
La deformidad no perdonó a las hadas, y las catedrales caían en el infortunio cuando comenzaron a derrumbarse las piedras de sus campanarios.
Inútiles en el suelo dejaron de tocar a réquiem las campanas, y ya no hubo un solo cristiano que dudase de que Dios los había abandonado.
Las brujas ardían en la lumbre y a las vírgenes como sacrificio se las estrangulaba.
La lluvia ácida cayó sobre los árboles y no quedó rastro de las aves.
Solo quedaron las lechuzas como un presagio de

futuros difuntos que adoptaban la imagen de una santa tras las ratas.
Comenzó a parecerles bello el espectáculo de las cenizas que caían sobre el agua.
Los huesos comenzaron a formar parte del paisaje.
Las cruces y las esvásticas comenzaron a tomar con horror la calle en busca de brujas a las que quemar para lavar sus pecados.
Con los pulmones obstruidos por el humo, nadie se perdía el espectáculo, y los videos se viralizaron.
Entonces, solo quedó odio en el rostro de los homo sapiens; fue cuando el petróleo volvió a ganar la batalla y el hollín formó parte de las ciudades.
Tras masticar la carne nos negaron los huesos
y el lamento de una madre comenzó a resultar insoportable.
El sol resplandecía sobre el asfalto hasta quebrar la salud.
Los cadáveres de las otras especies eran consumidos por larvas de gusano cuando el fuego comenzó a purificar los nichos de los cementerios.
La deformidad dejó de ser una tara porque casi nadie conservaba todos sus miembros.
El último caballero andante dejó de fingir que era posible hacer justicia sin un mártir.
Se extendió la locura y alguien accionó el botón de alarma.
Que Dios reparta suerte, no se salvó ni un solo cristiano, ni un solo musulmán, y Yahweh se abrazó a las multinacionales en busca de una cura para el alma.
Un ejército de hombres caídos en desgracia deambulaba en busca de un lugar donde el oxígeno

no estuviese contaminado.
La radiación consumía los tejidos de su epidermis y dejaba a la intemperie músculos y carne.
Subió la temperatura y el olor a grasa derretida se hizo insoportable, igual que los alaridos de una madre que lloraba el cadáver de su hijo.
Fue cuando los seres humanos comenzaron a esconderse en los subterráneos como un ejército descalzo que atraviesa una alambrada para que la inquisición no los atormentase.
Los buitres acechaban y en las cuevas las ratas atacaban con avidez a las personas lisiadas.
La peste y la rabia dejaron de ser enfermedades del pasado.
Algunos ofrecían como sacrificio su cuerpo a las alimañas.
Los niños perdieron en la oscuridad el don de la vista y, a oscuras, auscultaban las paredes en busca de murciélagos para saciar el apetito.
Algunos soñaban con unas branquias antes de lanzarse al agua corrompida donde se ahogaban.
Hedían al olor que deja en la piel el miedo al desahucio y no tienes dónde limpiar tu mala sombra y la mugre de tus manos.
Vestían con harapos que avergonzarían hasta a un vagabundo que vive de la mendicidad a la intemperie.
Lamían la humedad de las tuberías oxidadas y metían los dedos en las grietas en busca de arañas que llevarse a la boca.
De vez en cuando subían a la superficie, a pesar de que el sol aprovechaba cualquier resquicio en la ropa para abrasarlos.
Una manada de lobos ciegos husmeaba con hambre

el rastro que dejaban cuando abandonaban las profundidades.
Los túneles de metro se colmaron de cadáveres y los vagones permanecían atestados de gente que enfermaba.
Las personas con hambre comenzaron a comerse a sus animales domésticos.
Los roedores perdieron el miedo y acudieron a dar cuenta de los cadáveres.
Los desechos humanos comenzaron a normalizar chinches, piojos, pulgas y garrapatas.
Infectados de rabia, los niños comenzaron a matarse a mordeduras.
Los grandes oradores en nombre de la religión tomaron las calles.
Aquel que conocía la conjunción de las estrellas en el cielo comenzó a ser perseguido por idolatrar al diablo.
Los científicos permanecían encerrados en sanatorios mentales y solo la oración parecía que podía acabar con los virus que los diezmaban.
Las mujeres que trataban de sosegar a los enfermos volvieron a ser juzgadas como brujas y regresó el fuego a las plazas.
Los hombres que soñaban con violarlas avivaban el fuego mientras las insultaban.
Los verdugos regurgitaban una y otra vez odio hasta digerir los cadáveres mientras la bilis hacía justicia y abrasaba su garganta.
Los lunáticos asesinaron la luz de las mañanas y el humo de las piras funerarias estrangulaba los pulmones con el cáncer.
Solo los ciegos conseguían orientarse sobre la lluvia

de cenizas que ocultaba el asfalto.
La confusión de los sanatorios comenzó a habitar sobre la piel como un tumor que se contagiaba.
El calor derretía la grasa y la lluvia corroía el cuero cabelludo hasta causar pústulas que con su hedor conseguían doblegar hasta a los talibanes.
Las quemaduras resultaban insoportables y la epidermis se convirtió en una masa sanguinolenta.
El olor a sangre corrompida era tan desagradable que algunos preferían ahogarse.
Desesperados, introducían objetos afilados por sus fosas nasales para acabar con los parásitos.
El olor de los insecticidas trastornó a las personas que aún permanecían cuerdas hasta que comenzaron a mutilarse.
Solo algunas formas de vida ajenas al oxígeno sobrevivieron al cambio climático.

Sucedió cuando los despojos dejaron de fertilizar la tierra y el agua era un esputo sobre un coágulo de sangre.
Los cadáveres ardían sin descanso en los crematorios y condenaban a los vecinos a respirar el humo envenenado.
Solo los adolescentes y los ancianos se abrazaban con locura a un último instante.
Penetró el óxido en los ovarios y el líquido amniótico comenzó a ser corrosivo para los muelles de las

camas de las ambulancias.
La pestilencia de las aguas provocaba náuseas hasta matar a los más sanos.
Fue cuando las flores, antes de abrirse, ya se marchitaban y los brotes primaverales provocaban dolor en las ramas de los árboles.
Solo los elegidos se creían a salvo; aquellos que, sin escrúpulos, en la cola del pan osaban pisotear a sus análogos.
Fue cuando los seres extraños comenzaron a inhalar el anhídrido carbónico del humo de las fábricas.
La voz de los profetas solo hablaba de la extinción masiva y el nivel de los océanos ignoraba los estigmas en la lengua de los sabios.
Solo los sacerdotes se referían a los paraísos olvidados que ahora habitaba la podredumbre del pecado.
Sucedió cuando en los laboratorios comenzaron a elaborar carne para el consumo humano.
Entonces las células comenzaron a conocer el cáncer y cada órgano saludable trataba de salir ileso disociándose.

Dicen que los difuntos regresaban con los dientes afilados en busca de venganza.
Sucedió cuando hasta en el líquido amniótico había microplásticos.
Los testículos solo producían derivados del petróleo

que solo conseguían ensuciar ovarios.
Los espermatozoides eran un bien escaso congelado que cotizaba en la bolsa.
Impotentes trataban sus escrotos a golpe de martillo y de tenazas.
El útero se desangraba sin pausa y concebir era un episodio del pasado.
Se sucedían las epidemias y los seres humanos fallecían en la puerta de los hospitales.
Todos se volvieron desconfiados; las madres aborrecían a sus hijos y las abuelas negaban a sus nietos un abrazo.
Algunos comenzaron a culpar a los mendigos; y por la noche se sucedían los crímenes en los cajeros automáticos.
Después culparon a los inmigrantes, hasta que redactaron una ley para su expulsión inmediata y los que se resistían recibían una bala.
Más tarde volvieron a culpar a los gitanos, luego señalaron a los gais y las lesbianas, después a los enfermos mentales, a los disminuidos físicos; en seguida les tocó el turno a las prostitutas, luego a las feministas, a los ancianos, a los adolescentes; hasta que ya no quedó nadie.
Entre tanto crimen, desapareció la poca humanidad que nos quedaba.

Sucedió cuando se acabaron los fármacos y en los pasillos de los hospitales se reproducían los gritos de los cochinos los días de matanza.
No había agua para limpiar las heces en los váteres ni los orines en los urinarios.
Tampoco había lejía para limpiar a los enfermos la sangre que expulsaban de sus pulmones encharcados.
Los residuos comenzaron a acumularse y las cucarachas se apoderaron de la vía pública.
Cuando la basura llegó a ser un bien escaso por el hambre, los roedores comenzaron a alimentarse de cadáveres.
Algunos incluso comenzaron a atacar a los enfermos terminales en sus camas.
Los crematorios no daban abasto y la ceniza se acumulaba sobre los escombros de los edificios.
algunos comenzaron a hurgar en las heridas de las personas emponzoñadas para engañar el apetito.
Competían con los buitres por un trozo de carne.
Los verdugos fueron incluidos en las3 oraciones de las personas trastornadas y eran aclamados como héroes en las fiestas nacionales.
Era tal el odio que preferían ejecutarlos a tener esclavos gratis.
Solo los que se arrodillaban y abrazaban el contagio recibían con benevolencia una dosis de morfina.
La pandemia remitió, pero no el miedo a volver a contagiarse.
El virus se había extendido por las instituciones y ya no hubo manera de erradicarlo.
Imaginaron la vacuna, pero no fueron ajenos a la bala que los apuntaba.

Ocurrió cuando dejó de salir el sol por la mañana.
Una niebla densa y gris se apoderó del aire hasta llegar a asfixiar a los ancianos.
Algunas especies de aves prefirieron extinguirse a sufrir el encierro en una jaula; pasó igual con los peces que odiaban seguir con vida en un acuario.
La docilidad de los perros sorprendía a los seres extraños que comenzaron a liberar a los animales cautivos de los zoológicos.
Los seres humanos jamás llegaron a entender que tenían sentimientos hasta los árboles.
Por eso conducían automóviles a pesar de que estos dejaban un rastro de muerte a su paso.
Por eso disparaban con satisfacción en los cotos de caza.
Por eso acudían a las plazas de toros y aplaudían cuando el torero daba la última estocada.
Por eso talaban sin descanso las selvas a pesar de dejar sin hogar a sus habitantes.
Por eso no tenía sentido su presencia en el planeta y algunos comenzaron a mirar a Marte como el único lugar habitable cuando no quedó nada.

Sucedió cuando conocimos la tristeza de los amaneceres obligados y de los sueños perdidos.
Nos acostumbramos a escuchar el grito de los gorrinos que se desangraban en la matanza.
Ya nadie soportaba el silencio de los cadáveres y soñábamos con sacudirnos el aburrimiento como un preso en una cárcel.
Comenzamos a disecar mariposas porque nos resultaba atractivo el color de sus alas.
Lo mismo sucedió con los jilgueros, que presos dejaron de entonar una melodía afable, mientras aprendían en los concursos que la letra entra con sangre.
Los gorriones prefirieron el suicidio a la tristeza de los canarios.
Los alacranes abandonaron las sombras y comenzaron a multiplicarse.
Desde entonces, ningún niño volvió a andar con los pies desnudos por la arena.
Lo mismo sucedió con las sanguijuelas; comenzaron a reproducirse tan rápido que, de un día para otro, las personas olvidaron el sabor del agua en los manantiales.
Las golondrinas advertían la mirada de las refugiadas que soñaban con migrar a cielo abierto.
La luz artificial dejó sin luz a las luciérnagas, mientras los datos ilimitados confundían a los murciélagos.
Por eso, comenzamos a exponer nuestros órganos al alcohol de quemar las noches que, por mucho que contábamos ovejas, no conciliábamos el sueño.
Algunos llegaron a pensar que el granjero los miraba con ternura hasta que vieron relucir el cuchillo del

matarife al llegar al matadero.
No quedaba un solo brote de vida en los terrones de tierra que pisábamos y comenzamos a degollar a los mastines que conducían el rebaño.
El resto acabó en las garras de los depredadores, como los animales confiados que todas las mañanas toman agua y pienso.

Sucedió cuando una madre olvidó la letra de una nana y sus hijos se pasaron las noches sin dormir, mientras miraban asustados el pomo de su puerta.
Algunas para conciliar el sueño bebían hasta perder la razón y echaban sobre su propia tumba arena.
Los verdugos trabajaban sin descanso y en plena noche quemaban vivas a las futuras brujas inocentes.
La manada cumplía con su oficio y las adolescentes no eran capaces de cerrar los ojos.
Algunas consumían burundanga incapaces de soportar el olor de su aliento.
Otras preferían sacar provecho a las noches de insomnio y celebraban aquelarres con los violadores, arrancándoles los testículos como ofrenda por las que seguían enterradas.
Los depredadores se echaban a temblar y terminaban orinándose en los pantalones cuando escuchaban el sonido agudo del ulular de las mujeres con la lengua.
Para entonces era demasiado tarde y la vagina desgarrada comenzó a odiar el contacto con un pene.

Las ondas del satélite comenzaron a emitir sonidos guturales que estremecían hasta a las bestias.
Se acentuó la sordera cuando comenzó a sonar un réquiem a la madre tierra.
Ajenas a las mariposas, navegábamos los rápidos sin conocer el dolor de la caída.
Nadie se atrevió a desconectar la máquina ni siquiera cuando las aves migratorias, desorientadas, empezaron a perder el rumbo.
Los aviones se incineraban en el aire creando la ilusión de una bola de fuego.
Las farolas, al rojo vivo, comenzaron a retorcerse entre chirridos letales estridentes.
Los vapores que segregaba el asfalto asfixiaban a todo aquel que se atrevía a pisarlo.
El cemento de los edificios crujía y los ladrillos se resquebrajaban.
Los automóviles no obedecían a los conductores y atropellaban a los peatones en los pasos de cebra.
Las personas comenzaron a intuir la extinción más IVA, a pesar de que la inteligencia artificial aconsejaba volver a la cordura del consumo de aranceles.
Se esfumaron los datos y sin las redes sociales las personas se aburrían hasta autolesionarse.
Abrazados a las adicciones, se comenzaron a normalizar los héroes anoréxicos y cada vez era más

frecuente encontrar un móvil atado a la muñeca de un cadáver, sin nombre ni apellidos.
Hacía tiempo que la normalidad era un desahucio y los edificios abandonados comenzaron a enfermar, corroídos por el óxido.
Solo el indulto podía salvar de la extinción a los humanos, pero para entonces nadie buscaba la palabra demencia en los diccionarios.
La depresión de las abejas dejó estéril el fruto de los árboles, mientras las hormigas, al no encontrar migajas en el suelo, penetraban por las fosas nasales, hasta provocar arcadas desde las vísceras de los humanos.
Las ratas abandonaron el alcantarillado cuando comenzó a escasear el agua y el hedor se hizo insoportable.
Para entonces los seres humanos habían abandonado las ciudades y los pocos que se negaban a hacerlo aceptaban la deformidad de las sustancias de los parásitos.
Por eso, a pesar de los anticonceptivos y la menstruación, los seres extraños comenzaron como una tara a andar entre nosotros.
Los ciudadanos comenzaron a escupir con desprecio a los seres extraños a sabiendas de que su sistema inmunológico se adaptaría a la lejía y a los gases lacrimógenos.
Nadie podía imaginar que habían llegado para quedarse y sobrevivirían, porque los aborrecían, sin la leche de sus madres.

Sucedió cuando una estrella errante trazó una estela errónea que causó el horror de los trastornados que roían la carne de los reos que se rindieron cuando un ejército de rameras en nombre del rey arrebató la hoz y el martillo de los herreros que hartos de atropellos se habían negado a herrar los caballos de la reina.

Sucedió cuando los huérfanos anónimos
deambulaban por la calle a merced de los
depredadores sexuales.
Los seres extraños repetían las profecías de las
personas desesperadas, antes de que les reventase el
hígado.
Profecías que salivaban con la ebriedad en los labios
de los lascivos que acosaban a adolescentes en los
baños.
Historias que provocaban cáncer en las cuerdas
vocales al relatarlas.
Dolían los oídos al oír las plegarías de las plañideras
frente al ataúd de los suicidas.
Sucedió mientras los verdugos elegían una víctima
para arrancarle de cuajo sus ahorros y dejarla

arruinada a merced de sus estigmas.
Los mosquitos latían en el nervio óptico hasta sacarlo de su órbita.
Los dientes quebraban como la entereza de las personas que hace mucho tiempo ya no pueden pagar sus facturas.
A los que sobrevivieron los comenzaron a llamar seres extraños, porque después de enterrar a sus hijos, en sus ojos opacos no había atisbo de vida.

Sucedió cuando en la franja de Gaza comenzaron a bombardear los hospitales.
El genocidio comenzó a normalizarse y los fotógrafos eran objeto del disparo.
No hubo piedad ni con las niñas ni con las ancianas.
No quedó un hogar en pie y bajo los escombros el olor a carne putrefacta se hizo insoportable.
Para entonces el hambre comenzó a ser más mortífera que las toneladas de bombas que habían estallado.
Los asesinos comenzaron a hablar de paz mientras mataban.
La paz comenzó a ser sinónimo de doblegarse.
Por eso la extinción comenzó a ser irremediable.

Espirales de humo sobre la superficie del agua y cardúmenes de peces con los ojos opacos que flotan sin vida.
El óxido de los vehículos ha pasado a formar parte del paisaje y los neumáticos en llamas ennegrecen el aire.
La ceniza se ha posado en el césped, y las flores se marchitan entre las sombras.
Ya no hay humanos, solo seres extraños producto de los vertederos ilegales, las incineradoras y los escombros.
Parece que algunos seres extraños se emparentaron con los homo sapiens; estos no le temen al fuego.
En el ecosistema de los seres extraños, el resto de especies solo se acerca a ellos cuando tienen parásitos.
Sobre nuestros cadáveres han crecido los árboles; ya solo queda la estructura de los edificios en pie y el esqueleto de los aviones en los cobertizos abandonados.
Dicen que tuvo que ver con el cambio climático y por eso ahora los seres extraños.
Dicen que no pudieron soportar el exceso de CO_2, la subida de las temperaturas, ni el aire contaminado.
Otros culpan a los ucranianos, los rusos, la OTAN, como el comienzo de un nuevo Guernica.
Parece que es peligroso jugar con el átomo, algunos piensan que por eso los homo sapiens.

Otros opinan que crearon un virus.
Por eso los seres extraños.
Por eso la extinción+ IVA.
En los muros queda la huella de aquellos humanos que escribieron la historia con orificios de bala y casquillos de proyectiles diseminados por el suelo.
Los seres extraños se preguntan qué error cometieron sus antecesores mientras meten la mano en el lodo y tapan los agujeros.
Queda prohibido saltar una valla, dice un mensaje prácticamente ilegible por la acción de la lluvia y el viento, mientras lo sobrevuelan un par de pájaros más atentos al cortejo que al batir de sus alas.
Es lo que tiene la extinción de los seres humanos: que se ha vuelto a escuchar el canto de las aves.

Índice

Primera parte.
La epidemia
antropógena 5

Segunda parte.
Sucedió 77

Este libro
entró a imprenta
el 5 de junio de 2026,
día mundial del medio
ambiente

Amaneceres para los ojos de un ciego
que no se da por vencido.
Perseguir una nube cuando volar una
cometa sea un acto de terroristas.
Dejarnos llevar por la fuerza del
viento mientras contemplamos la
caída de las últimas hojas de las
ramas desnudas.
Contemplar una estrella fugaz con
la mirada de un niño que no conoce
la estela que dejan en el cielo los
bombarderos.

Menos mal que hay más pétalos de
rosa que vendas ensangrentadas.

...

Ocurrió cuando el don de la belleza
abandonó las matemáticas.

Sucedió cuando la computadora
comenzó a aplaudir el hambre de los
pueblos y la sangre programada.

Sucedió cuando el violinista entonó
un réquiem por encargo de las
que permanecían en la cuneta
enterradas.